Es propiedad de D. V. de Lahuna.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Librería de Rios, Perez y Cabeza.

LA MANO DERECHA

Y LA MANO IZQUIERDA.

Drama en cuatro actos, traducido del francés para representarse en el teatro del Instituto el año de 1847.

PERSONAGES.

Palmer.	Claus.
Berman.	La Reina.
Wilfrido.	Rodolfina.
Enrico.	La Condesa.
Norberg.	Raab.
Cristiam.	Brahe.
Wiliam.	*Un ugier.*
Donali.	

ACTO PRIMERO.

Sala del palacio de la reina: puertas laterales, puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA.

Cristian, Criados, Hugieres.

Cris. (*con mal humor á los criados que no se dan prisa á arreglar los muebles.*) Como! No está todo dispuesto todavia? el Conde Enrico va á llegar de un momento á otro, los demas ministros tambien y S. M. la reina Ulrica se presentará aqui, en este mismo salon, antes de poco. Apresuraos, corred bien esas cortinas, colocad esos sillones; mas cerca... Mas aun..! Aqui el de S. M. Esparcid flores por todas partes. Se olvida alguna cosa? Ah! El baron de Wiliam que sin duda viene (*mirando al foro.*) á dar cuenta... retiraos. (*los criados se van.*)

ESCENA II.

Wiliam, Cristiam.

Cris. Y bien, señor secretario, qué tenemos? Qué ocurre?

Wil. Perdonad. Pero el ministro de justicia, Conde de Norberg, me ha encargado que solo dé mis noticias al Conde Enrico, al primer ministro en persona.

Cris. Pero no debeis olvidar que en vuestra presencia me mandó esta mañana el primer Ministro, que en calidad de secretario intimo recibiese cuantas noticias vinieran á darle. Os escucho pues, mi querido baron. En el momento en que la Reina va á presentarse solemnemente al senado para cumplir su primero y mas importante acto politico, no debeis privarnos de lo que hayais notado en el espiritu público, y especialmente en el que animará á la multitud, que como habreis visto, se agrupaba al paso de S. M.

Wil. Empezaré por deciros, que no se ven mas que arcos de triunfo por do quiera, y que las calles vecinas están adornadas de inscripciones y flores para celebrar, como vos decis, el primero y mas importante acto politico de nuestra muy amada soberana.

Cris. Si, asi podemos llamarla sin lisonja. La Reina muy amada...

Wil. De las mugeres particularmente.

Cris. De todo el mundo, baron Wiliam.

Wil. De las mugeres mas que de nadie, baron Cristian. El orgullo del sexo está lisongeado. Una muger, dicen ella, trata de igual á igual á los mas grandes reyes de la tierra; una mu-

ger lleva desde hace tres meses el cetro y la corona; una muger, en fin, es la que va á dar leyes á todo el pueblo sueco!

CRIS. Y como los maridos forman naturalmente parte del pueblo sueco...

WIL. No podeis formaros una idea de la alegria, de la inesplicable alegria... acabo de ser testigo de ella, que se ha difundido en todo el recinto de la calle Ducal, al gritar una voz. Ahi viene la Reina, miradla cabalgando en su soberbio alazan! Aquel velo negro, aquella pluma blanca que tan graciosamente ondea, el brillo de aquellos diamantes... Es ella! Es ella! el pueblo entonces se precipitó apiñado y tumultuoso hácia el estremo de la calle... pero aquella muger, causa de su entusiasmo... no era la Reina.

CRIS. Como! Pues quién ..

WIL. La joven condesa de Leuvenbourg, su intima amiga, su inseparable compañera, el alma en fin de esa politica que á despecho de sus competidores sostiene el Conde Enrico tan obstinadamente.

CRIS. Creo que os alejais un poco de vuestra disincipal narracion.

WIL. Continuo. Al volver aqui he atravesado el parque.

CRIS. Donde habreis encontrado la misma afluencia popular...

WIL. Es decir, mucha mas curiosidad, pero menos entusiasmo. Los grupos creian; varios hombres se acercaban á ellos y creí notar que algunos se hablaban en secreto aunque sin conocerse. Las fisonomias en general estaban alteradas, las conversaciones se acaloraban por momentos...

CRIS. Tratarian tal vez de la muerte de ese baron de Goëz condenado al suplicio por haber tenido la imprudencia de sostener las pretensiones del Duque de Holstein al trono despues del fallecimiento de nuestro último monarca Carlos XII...!

WIL. No. La causa no era esa. A medida que me aproximaba al palacio, el rumor que parecia seguirme, y que cada vez aumentaba, se reconcentró junto á la plaza de Gustavo Adolfo.

CRIS. Tan cerca!

WIL. Un hombre de gentil figura, algo embriagado al parecer, aunque dominando su flaqueza, y cuya elegancia en el trage dejaba sin embargo traslucir la miseria, subido en un banco arengaba al pueblo con voz atronadora.

CRIS. Cuando se arenga se grita siempre: y qué decia?

WIL. Me fué imposible el oir otra cosa que sus descompasados gritos. Sin duda peroraba contra su escelencia el Conde Enrico. La multitud le aplaudia con entusiasmo y se reia.

CRIS. Bien, bien. No habeis notado ninguna otra circunstancia?

WIL. Ah! me olvidaba de una. Ese joven á quien los cortesanos han dado en llamar el amante de la Reina por mofarse de sus continuos paseos por bajo de los balcones de palacio, estaba á la puerta triste y pensativo, y el principe Herman, el heredero de S. M., se distraia como tiene de costumbre visitando las flores de su azotea. Todo esto pasaba en tanto que la gente acudia al parque á las voces de ese original, cuyo nombre nadie ha sabido decirme.

CRIS. El principe Herman tiene un caracter escelente. No fijó su atencion en la multitud?

WIL. Ni ella en él, amigo baron

CRIS. Pero de dónde viene ese ruido? Qué es eso?

UN CRIE. (*entrando.*) Es un hombre que ha penetrado violentamente en palacio.

CRIS. Que osadia! (*se oyen las voces mas cerca y una que dice:*

UNA VOZ. (*dentro.*) He dicho que entraré. Mis puños os harán prescindir de la etiqueta.

(Salen varios criados en tumulto rodeando á un hombre irritado. Cristiam hace señal á los criados que se retiren y estos lo verifican.)

WIL. (*á Cristiam.*) Es el desconocido que perora ba en el parque.

ESCENA III.

WILIAM, CRISTIAM, PALMER.

PAL. (*sentándose sofocado en el sillon destinado para la reina y tirando lejos de si el sombrero.*) Dejadme respirar dos minutos, señores, dos solamente; uno porque aqui donde me veis acabo de llegar de las Indias, otro porque he luchado con esa legion de lacayos que me estorbaba el paso...! Canallas!

CRIS. En cambio pasareis todos los minutos de vuestra vida en una prision.

PAL. Si? Tal vez. Pero al menos habré conseguido hablar al primer Ministro.

CRIS Os engañais. Se necesitan otros titulos que los vuestros, y otra manera, por cierto, de presentarse para lograr una audiencia del Conde Enrico.

PAL. Enrico decis? Eduardo Enrico?

CRIS. Asi se llama su señoria.

PAL. Su señoria! El que fué durante seis años el sultan de mis festines, el antiguo, el fiel compañero de mis placeres... Ah! El verano en Stokolmo. El invierno en el castillo del principe de Colmar!

WIL. Qué es lo que dice? (*ap.*)

PAL. Cuantos y cuan bellos recuerdos! Cazas, fiestas todos los dias, todas las semanas! Oh! El principe de Colmar hacia las cosas como el mas opulento potentado, alli, en sus señorios de Noruega. Pero... Enrico primer Ministro? Es imposible! Eh! sin duda le he equivocado con otro... No importa, sea el que quiera, he de hablarle

CRIS. Baron Wiliam, decid al capitan de guardias que suba con seis hombres

WIL. (*ap.*) Quiere alejarme.

PAL. Una palabra antes, os lo suplico. Puesto que no quereis que vea al primer Ministro, podriais procurarme una entrevista con el rey?

WIL. No hay rey en el trono de Suecia.

PAL. Ah! Murió el antiguo monarca! Entonces presentadme á su hijo.

WIL. De dónde venis para ignorar que su hijo se ha retirado á un convento?

PAL. Santo varon! Pues bien espondré mis quejas al hermano del principe esclaustrado...

WIL. Su hermano ocupa un trono en otro pais.

CRIS. Y teneis paciencia para escuchar á este loco y responderle?

PAL. Caballero! En fin, segun veo, quien decidi-

damente está reinando es mi querido príncipe de Colmar, su sobrino. Quiero verlo.

Wil. Se os ha dicho que no hay Rey en Suecia. Ese sobrino de que hablais ha abdicado en una hija suya, en la princesa Dorotea que es la que ocupa el trono.

Pal. Su hija! La princesa Dorotea! Oh! ahora mas que nunca, es preciso que yo la vea

Cris. (*con tono resuelto.*) Baron Wiliam... la órden que os he dado...

Wil. (*ap. yéndose.*) (Yo sabré lo que es esto!..)

Cris (*ap.*) Este hombre tan estraño... Dejémosle hablar, y tal vez me dé á conocer él mismo quien es y lo que quiere.

Pal. La princesa Dorotea ocupando el trono de Suecia! Ya puedo respirar á mi alvedrío. A fé mia que me encuentro aqui perfectamente. Volveré á mis antiguas costumbres, á mis perdidos placeres! Esto es un sueño? (*pasa las manos por su frente.*)

Cris. (*ap.*) Su tono, sus maneras... no sé que pensar.

Pal. (*suspirando.*) Ya es tiempo, sin embargo de que tenga fin este desórden continuo de mi vida. Cuento 38 años.. ! Treinta y ocho!.. De ellos seis pasados en medio de los placeres de este pais encantador; quince consumidos en la India á donde me condujera el demonio..! Quiero volver á Suecia despues de un año y me detienen alli catorce! Por qué? Con qué derecho? Ah! temo adivinarlo. Me han visto disipador, calavera, atronado y han querido burlarse de mi... pero yo me vengaré de los que asi me hayan hecho juguete de sus proyectos. Si mi cabeza estuviese mas firme .. pero ese maldito vino de Chipre .. Con todo, qué significa todo lo que oigo, todo lo que veo? He dicho que quiero hablar á la Reina. (*levantándose con violencia.*)

Cris. (*dirigiéndose al capitan de guardias que entra con Wiliam seguido de soldados.*) Capitan: he soportado hasta ahora la insolencia de este hombre, pero ya no me es posible tolerarle por mas tiempo. Creo únicamente que antes de entregároslo será oportuno conocer cuales eran sus intenciones al introducirse en palacio. Escribid, baron Wiliam.

Wil. Con mucho gusto. (*ap.*) Asi sabré alguna cosa.

Cris. Vuestro nombre?

Pal. (*cogiendo su sombrero y poniéndoselo.*) El mayor Palmer.

Cris. Vuestra edad?

Pal. Me parece haberla dicho antes; 38 años.

Cris. Podrian saberse algunos pormenores de vuestra vida?

Pal. Ya he indicado los de la mas hermosa mitad de ella.

Cris. En compañia de quiénes estábais perorando en el parque? Cuál era la causa de vuestro discurso?

Pal. Mi mala estrella. Habiendo perdido al juego en la travesia, el dinero de mi pasage, el capitan del buque me persiguió hasta aqui por la deuda. Qué partido tomar? Todos mis amigos están ausentes... al menos aun no he visto á ninguno.

Cris. Poco importa esa historia.

Pal. Esta historia es la respuesta á lo que me habeis preguntado.

Cris. Acabad pronto; la multitud...

Pal. Señores, dije al verme acosado por el marino; hay entre vosotros algun jugador que comprendiendo mi estado, quiera sacarme de él? Nadie me responde. El capitan no me deja .. Ya iba á maldecir de mi pais, cuando un hombre me arroja de lejos su bolsillo. Os doy gracias, caballero, dije á mi bienhechor, y si algun dia me fuese la suerte mas propicia... Es el amante de la Reina! dijo uno de los que habia cerca de mi señalando al que me habia favorecido. Yo miré fijamente al joven, pero desapareció veloz entre la concurrencia... Poco importa; sé su nombre y las señas de su casa.

Cris. Con qué objeto habeis penetrado aqui?

Pal. Ya lo sabeis; con el de hablar al primer Ministro.

Cris Podeis decirme á mi mismo lo que le ibais á comunicar á él? Soy su secretario intimo.

Pal. Yo no me dirijo nunca mas que á los gefes. Es mas sencillo y mas espedito.

Cris. Capitan, registrad á ese hombre.

Pal. Como!

Cris. Registradlo. (*el capitan lo hace.*)

Pal. No os quejareis de mi paciencia.

Cap. (*sacándolo.*) Un libro que lleva por titulo «verdadera martingala para ganar siempre en »todos los juegos de azar.»

Pal. (*con tono de sentimiento.*) Es cierto.

Cris. (*con ansiedad.*) Qué?

Pal. El titulo de la obra. (*friamente.*)

Cap. Un silvato de plata.

Cris. Para qué lo llevábais? Os habeis quizá servido de él en el parque para reunir en torno vuestro esa turba de malcontentos?

Pal. Yo no me he servido de él mas que para llamar á mis perros en la época en que tenia tambien secretarios intimos.

Wil. Falta algo que poner?

Cris. Conducid ahora á este hombre al hospital de locos.

Pal. Al hospital de locos? Pensad bien, caballero, lo que vais á hacer.

Cris. Preferis que se os encierre entre los criminales? Una de dos, ó sois un loco ó un culpable.

Pal. Ni lo uno ni lo otro; y por cierto no he dado en mi vida una prueba de razon mas grande que la que demuestro en esta circunstancia guardando un silencio .. En fin, basta de escándalo. Cedo á la fuerza que desplegais contra mi; pero buscad al Conde Enrico; decidle mi nombre, contadle mi conducta y él aprobará mi prudencia. Podeis al mismo tiempo añadirle, que le exijo vuestro perdon por la falta que vais á cometer, y asi lograreis unicamente conservar vuestra plaza de secretario.

Cris. Al hospital de locos. (*dirigiéndose á Wiliam y señalando á Palmer.*)

Pal. Por vuestro propio interés, desead que no esté en ella mucho tiempo.

Cris. Cumplid mis órdenes. (*vanse.*)

Wil. (*ap. yéndose.*) (Es preciso contar al Conde de Nouver esta ocurrencia.

ESCENA IV.

Cristiam, *solo.*

Nada se pierde con enviar á un hombre á una

casa de locos. Cuando se le quiere poner en libertad se dice que ha curado. Antes de que termine el dia habré ya concluido de hacer mis investigaciones acerca de este señor Mayor Palmer. Reconozco en él á través de sus maneras antisociales, y de su lenguage desenvuelto, cierto aire de persona importante. Todo en él me parece calculado. Las turbulencias de fuera del palacio y su presentacion aqui, coinciden estrañamente: la clave de esta intriga está fuera de mi alcance, pero no se escapará á la penetracion del primer Ministro, Será el? No. Es el principe Herman.

ESCENA V.

HERMAN, CRISTIAM.

HER. (*entrando precipitadamente con un papel en la mano.*) Habeis visto á la Reina?

CRIS. No, principe.

HER. Ah! sois vos, baron Cristiam! Me felicito de hallaros aqui.

CRIS. Principe ..

HER. La Reina debe detenerse aqui antes de ir al Senado?

CRIS. Vendrá para asistir al consejo de Ministros.

HER. La esperaré y tendré de este modo ocasion de enseñarle este papel.

CRIS. Los estatutos de Cárlos XII no permiten asistir al consejo al esposo de la Reina.

HER. Bien. Esperaré y aguardaré hasta que la hable; es necesario que la entere de lo contenido en este papel; esperaré que la corte salga para el Senado y entonces me llegaré á la Reina.

CRIS. Sabeis saludar á la francesa?

HER. Por qué me lo preguntais?

CRIS. Porque para llegar hasta la Reina en semejantes momentos, la etiqueta, siempre de acuerdo con los estatutos de Cárlos XII, exige que se presenten todos saludando á la francesa.

HER. Y cómo es ese saludo?

CRIS. Nada mas fácil..... Tomais vuestro sombrero en la mano derecha; apoyais la mano izquierda sobre el pomo de la espada, dais tres pasos atrás, y saludais sonriendo; tres á la izquierda y saludais sin sonreiros; y otros tres á la derecha y ya entonces no saludais. Hecho esto, podeis volver á ocupar vuestro primer puesto, y colocando con garbo vuestro sombrero debajo del brazo izquierdo, con el derecho que quedará de este modo libre...

HER. Cómo, todavia no ha concluido el saludo?

CRIS. Enviareis un gracioso saludo á S. M. la Reina y la podreis decir...

HER. Ya diré que me estraña mucho que se atrevan á escribirle.

CRIS. Dispensadme, principe. En qué idióma pensais hablar á la Reina?

HER. En sueco... Estando en la corte de Suecia... No le hablo muy bien... pero al cabo...

CRIS. Hablais perfectamente este idióma, señor, pero los dias de etiqueta solamente se habla en latin á la Reina de Suecia. Sabeis el latin?

HER. El latin de universidad.

CRIS. Oh ese es intolerable.

HER. Pero si yo hablo en aleman ó en sueco á la Reina me comprenderá?

CRIS. Os comprenderá, principe, pero no os oirá .. Los estatutos de Carlos XII...

HER. Caballero Cristiam, vos fuisteis el que me anunciasteis en nombre de los Estados de Alemania que mi casamiento con vuestra Reina se habia arreglado diplomáticamente. Obligado, pero cediendo con gloria á abandonar mi reducido principado, os comisioné para que arreglaseis todos mis derechos cerca de mi nueva soberania; derechos que sin duda tengo. Pero despues de todo lo que veo y oigo, me encuentro precisado á preguntaros y espero que me contestareis francamente: Qué soy yo aqui?

CRIS. Tengo á mucho honor el deciros que sois el esposo de la Reina.

HER. Muy bien! Como quien dice, el Rey: no es esto?

CRIS. No es eso precisamente. Es mejor decir para ser mas exacto, el esposo de la Reina.

HER. Sutileza de palabras.

CRIS. Calificacion positiva, limite legal.

HER. Puesto que no tengo el titulo por entero, ya que la etiqueta no me perdona ni un saludo, y despues de haber conocido los derechos de todo el mundo, desearia saber cuáles son los mios.

CRIS. Lo primero, principe, vuestra persona es sagrada é inviolable; el que se atreviera á haceros la mas ligera ofensa, seria castigado con la última pena, lo mismo que si hubiera ofendido á la Reina. Ademas, teneis el derecho mas bello, mas glorioso, el que os envidia todo el mundo, reinais absolutamente.

HER. Donde?

CRIS. Por medio del amor y la amistad en el corazon de la Reina en calidad de su marido.

HER. Ya lo entiendo, soy Rey doméstico.

CRIS. Y sin oposicion.

HER. Ahora bien, yo tengo el solo derecho de amar á la Reina como su marido; estais seguro de ello? No necesito para esto saber latin? No existe algun articulo de los estatutos de Cárlos XII que se oponga á este derecho?

CRIS. Ninguno.

HER. Pues entonces, qué direis de este papel anónimo que me he encontrado en mi mesa, que queria mostrarle á la Reina, y que la indignaria si lo viese tanto como á mi?

CRIS. Qué puede contener ese papel?

HER. Escuchad: un club de mentecatos se ha propuesto esclusivamente galantear á la Reina. Vamos, qué decis? Aqui se ataca directamente á mis derechos. No es esto un insulto á la Reina? A mi que debo ser su único caballero?

CRIS. Principe, eso es pura poesia.

HER. Pues es una poesia que me parece de mal género.

CRIS. Vos, os debeis felicitar de que la Reina sea querida por todos, y aparecer como realmente sois, el feliz poseedor de la dama mas bella, mas adorada y mas respetada del reino. Su belleza es admirable.

HER. Segun eso no tengo razon para quejarme?

CRIS. Hay temeridades que son homenages.

HER. De manera que en Suecia todo el mundo puede decir á la muger del Rey que la ama, que es su caballero?

CRIS. Sino fuerais Rey seria lo mismo.

HER. Caballero Cristiam, eso no me lo habiais dicho.

ESCENA VI.

CRISTIAN, *la* CONDESA DE LECHENBOURG, HERMAN.

CON. (*Entra riendo á carcajadas seguida de sus criados.*) Príncipe, perdonad mi risa, aunque el Senado, el clero y el pueblo estuvieran reunidos, no podria contenerme. Mirad príncipe, mirad, baron Cristian, lo que dice este papel.

HER. Será una carta.

CRIS. Tal vez algun memorial que os habrá lanzado al coche algun importuno.

CON. Habeis adivinado, príncipe, pero lo que no adivinareis aunque cavileis cien años, es su contenido.

HER. Cuál?

CRIS. Acaso alguna revelacion interesante?

CON. Es una carta para la Reina.

HER. Como!

CRIS. Ah!

CON. Una declaracion de amor.

HER. A la Reina? que atrevimiento!

CON. Es el derecho de peticion llevado á su último grado. Leedla, príncipe, os autorizo en nombre de la Reina.

HER. Puesto que se me permite saber lo que escriben á mi esposa...

CON. Ya os escuchamos.

HER. (*ap. desplegando el papel.*) Reconozco esta letra;... se parece, sí; es la suya. Estará firmada... (*volviendo la hoja.*) Con su nombre! Está en Stockolmo.!! y qué tendrá que decir á la Reina?

CON. Que haceis, príncipe, que no leeis?

HER. Ya empiezo: (*leyendo*) El jóven que se atreve á escribir estas líneas, y que solo espera por recompensa el silencio del desprecio, es el que desafiando los elementos pasa todos los dias y la mitad de las noches bajo las ventanas del palacio; el que inflexible en su propósito de veros y de hablaros, ha recibido dos sablazos de vuestros guardas y ha sentido sobre su pecho los pies de vuestro caballo.

CON. (*ap.*) Es él! Cuanto amor! Y como debe sufrir.

HER. De este modo concluye sus estudios en Upsal! No será él! (*ap.*)

CON. Os habeis parado de nuevo. Estais mudo...

HER. De indignacion!.. (*leyendo.*) Perdonad á los incautos que se han atrevido á pediros vuestra mano. A vos que descendeis de tantos reyes! No tenia mas que una esperanza y la habeis destruido. Yo me decia, no se casará y llevará al cielo mas bellas y mas puras las coronas de su gloria.

CON. Noble jóven.

HER. Le conoceis?

CON. Le he visto algunas veces.

HER. Es jóven, hermoso, distinguido?

CON. Todas esas cualidades tiene.

HER. Si será él? Y yo que no conozco á Wilfrido! (*ap.*)

CRIS. (*á la Condesa.*) El Príncipe está inquieto por demas.

CON. Príncipe, no concluis?

HER. (*saliendo de su enagenacion.*) »Habeis elejido »esposo; sois la mujer de un príncipe de Dina»marca, que no es ni bello ni jóven, segun di»cen, porque jamás lo he visto.» Ahora creo que habla de mi.

CON. »Que importa, proseguid, ó dadme acá. (*toma »la carta de manos de Herman y lee.*) Todos los »que os amaban lanzaron un grito de dolor. Su »número disminuyó prodigiosamente. Los mejo»res se retiraron. Yo soy de los que han que»dado sostenidos por la esperanza de serviros »aun. Perdonadlos y perdonadme, porque yo »tambien tengo uno de esos proyectos, para cu»ya egecucion es necesario todo el valor, toda »la abnegacion de un hombre! Pero tengo diez »y ocho años y os amo. Wilfrido.»

HER. Qué proyecto será ese?

CRIS. Alguna quimera.

CON. (*ap.*) »Tengo diez y ocho años y os amo!» Ah! porque ama á una Reina!

HER. (*ap.*) Sí es él, yo le daré la respuesta dentro de una hora.

UN UGIER. (*anunciando.*) La Reina!

CRIS. Príncipe, la Reina llega; podeis decirla, puesto que para esto la esperábais, vuestros sinsabores, y pedirla que castigue severamente á los culpables que se atreven á amarla: (*las puertas del fondo se abren, Cristian se retira*)

ESCENA VII.

HERMAN, *el* BARON RAAB, *el* CONDE GEDDA, *el* VIZCONDE DE PLATEN, ENLACO, *la* REINA, *la* CONDESA.

REI. Señores, ántes de partir para el Senado, voy á dar mis disposiciones para el baile de esta noche. (*acercándose al Ministro de la Guerra.*) Baron Raab; en una pieza solitaria habrá un juego de agedrez donde medireis vuestras fuerzas baliéndoos con el Embajador turco. (*al guarda-sellos.*) Vais á ser muy feliz, Conde de Gedda, el célebre Estela, el gran compositor tocará el clave desde las once hasta la media noche. No he querido oirle antes que vos para que aplaudamos juntos. (*al Vizconde Platen.*) Jugareis al Whist conmigo, Vizconde de Platen? Entretanto, señores ocupémonos de nuestros negocios. (*al Príncipe.*) Quereis ayudarme, príncipe, á compartir todos mis placeres y ocupaciones? Como estareis muy versado, como todo buen dignatario danés en la ciencia heráldica, os encargo que examineis si entre las damas de mi servidumbre hay quien haya cometido alguna equivocacion en su traje. Mi baile, como ya os he dicho, tal vez debe ofrecer la imágen embalsamada del blason de nuestro pais. Las damas que tengan una flor pintada en sus armas, deberá ostentarla en su prendido, porque tal es nuestra voluntad. Id, pues, durante algunas horas á vuestro palacio de Rosendal á ejercer vuestra erudicion botánico-heráldica.

HER. No cree V. M. que pueden ser mas útiles mis conocimientos en el consejo que vá á presidir?

REI. Os he dicho ya, príncipe, que contaba con vuestra complacencia. No os olvideis de consultar en la eleccion de flores con vuestra compatriota y protejida, Rodolfina es digna del empleo que para ella habeis obtenido en el palacio de Rosendal. Por último, os delego un poder absoluto sobre los adornos, los lazos, los peinados y los trages de mis damas; la mision es delicada y os la confio.

HER. Yo la acepto.
REI. Espero felicitaros muy pronto por el modo conque la hayais cumplido. Acercaos, señores.
HER. (*retirándose lentamente.*) Me parece que estoy aqui ya demas.
REI. (*á los Ministros.*) Podeis sentaros, señores.
HER. Me parece que vá á retirar tambien la Condesa de Leuvenbourg.
REI. Sentaos á mi lado, Condesa.
HER. (*ap.*) Ella se puede quedar en el consejo, y yo me tengo que retirar.... Siempre siguiendo los estatutos de Carlos XII. (*Herman sale.*)

ESCENA VIII.

Los mismos menos HERMAN.

REI. Os he reunido, señores, para oir vuestro parecer por última vez sobre la redaccion del discurso que tengo que pronunciar dentro de pocos instantes delante de los nobles y los Obispos.
CON. (*bajo á la Reina.*) Dios mio, qué feos son los hombres de Estado, esceptuando al Conde Enrico!
REI. No tienen tiempo para ser bonitos; los negocios.... Señores, empezaré mi lectura.
DOS UGIERES. (*anunciando.*) El Conde de Norberg, el Baron Brahé.
TODOS LOS MINISTROS. Oh! gracias á Dios!

ESCENA IX.

Dichos, NORBERG *y* BRAHE *que entran agitados, pálidos, con los cabellos en desórden y enjugándose el sudor con los pañuelos.*

NOR. El pueblo me ha insultado, señora.
REI. Insultado!
NOR. Me ha cubierto de lodo gritando abajo los cómplices de Enrico el enemigo de Suecia! No podeis figuraros, señora, la cólera de esos hombres que piden á voces la destitucion de las damas de la Reina, y de la Condesa de Leuvenbourg. Juzgad de ella viendo este ejemplar de un pasquin que por todas partes me han lanzado á la cara. Es infernal, no puede leerse.
ENR. Pero á pesar de vuestra indignacion le habeis leido?
NOR. Para examinarlo. Son calumnias contra vos, Conde Enrico.
ENR. (*friamente.*) Calumnias? Mal hecho.
NOR. Y ultrajes á la Condesa de Leuvenbourg y á la Reina.
ENR. (*mas friamente.*) Al menos me han puesto en buena compañia: veamos ese pasquin. Bueno! yo rompo la marcha. (*leyendo.*) «Enrico es un »aventurero, un noble de ayer.» (*alto.*) Es muy estraño esto, un pueblo que ama á la nobleza, á los títulos! Continuemos. (*leyendo.*) «No tie»ne fuerza ni autoridad sino por las mujeres; »ellas son las que le apoyan, ellas solas.» (*alto.*) Me felicito de ello. (*leyendo.*) «En cuanto á la »Reina, si quiere que no se sospeche de ello, »y se maldiga su renombre, debe mandar á su »palacio á la Condesa de Leuvenbourg.» (*la Condesa y la Reina, temerosas, se cojen por las manos.*)
MOR. (*ap.*) La Reina tiene miedo.
REI. Proseguid, Conde.
ENR. Que cuente su origen la bella Condesa de Leuvenbourg. Es verdad que era muy viejo el Conde de Leuvenbourg cuando su hermosa hija vino al mundo? Es verdad que su mujer se admiró mas que él de su nacimiento? No han llevado á la tumba los dos un secreto bien caro pagado? Cómo es la Condesa rica y poderosa, mas rica y mas poderosa cien veces que sus parientes, para ella desconocidos?
REI. Qué infamia!
CON. Oh! atacarme hasta en mi nacimiento! Pero no es el pueblo quien dice eso.
ENR. Aun no he acabado.
NOR. No es necesario.
ENR. Conde, aun no he concluido!
NOR. (*ap.*) Bien! El mismo se vá á dar el golpe de gracia.
ENR. (*leyendo.*) «Caiga de una vez, y desaparezca »ese ejército de mujeres que la Condesa de »Leuvenbourg comanda bajo las órdenes del »impuro Enrico.»
CON. Señora, me retiro.
REI. Quedaos. Escuchadme, señores. Yo sabia que habia una conspiracion para detener en medio de una calle mi carruage á fin de arrancarme un decreto injusto. Tal nueva me hizo caer enferma en mi palacio de Grimstadt. Y qué hacer? Retroceder al frente de esta sublevacion era dar alientos á los revoltosos; pero cómo luchar contra su poder? Despues he sabido que una de mis damas tomó un trage, subió en mi carruage y se lanzó á las calles de Stockolmo. Fiel á sus amenazas, el club revolucionario apareció en las calles, y se avalanzó frenético, espantoso, sobre el carruage, cuyas puertas fueron instantáneamente hechas añicos. La dama de honor conservó su dignidad, demostró su valor, porque representaba á la Reina y la soberania, y á la presencia de aquella sangre fria que no esperaban los conjurados, avergonzados de sus escesos se deluvieron, ocultaron su rostros, se fueron retirando y desaparecieron. Esta dama de honor, señores, esta intrépida amazona es la Condesa de Leuvenbourg. Y quereis que la destierre? Venid á mis brazos, Condesa!
ENR. Abnegacion y amor admirables! (*ap. y señalando á Norberg.*) He ahi lo que ha conseguido.
NOR. La admiro yo tambien; pero séame permitido hablar á mi vez, y que mi franqueza iguale á mi respeto.
ENR. (*ap.*) Esto es prevenirnos de que vá á faltar á la una ó al otro.
NOR. Dicen que el Principe Colmar, vuestro padre, rehusó la corona por estar acostumbrado á la vida ociosa y pasiva que tuvo en la Noruega; que el Conde Enrico, su íntimo amigo, fué el consejero tal vez, y el único testigo de esta abdicacion; y que habiendo llegado V. M. á ser la heredera y la poseedora del trono, tal vez haya hecho mal de rodearse de tantas hermosas damas, encanto de la vida privada, pero que pueden llegar á convertirse involuntariamente en instrumentos ciegos de intrigas de córte.
REI. Esas jóvenes, señores, son mis amigas, y no mis Ministros: embellecen mi córte y no gobiernan el Estado.

Enr. Conde, por qué censurar el gusto de la Reina al rodearse de las mas nobles y mas lindas jóvenes de nuestra aristocrácia? Acaso esos dulces caractéres nos inducirán á la guerra civil? Esos hermosos dedos encenderán la guerra europea? Esas voces tiernas pedirán leyes ó penas severas contra los ciudadanos? Señores, nada hay grande sin las mujeres.

Nor. Poseeis una elocuencia asombrosa! Habeis nacido para ser un hombre de mundo completo.

Enr. Y un pobre Ministro.

Nor. Por qué? Cada uno se crea una manera de gobernar. Wolsey corrompia, Richelieu mataba, y vos, vos bailais.

Enr. Juego tambien alguna vez y suelo ganar.

Fgieres. Los carruages de S. M. (*las damas aparecen para acompañar á la Reina.*)

Rei. Vamos á partir. Señores, al Senado. (*todos se van. Cristian sale de un gabinete y detiene á Enrico.*)

ESCENA X.

Enrico, Cristian.

Cris. Señor, dos palabras.

Enr. Pronto, la Reina ha salido.

Cris. Un hombre sospechoso ha venido aqui esta mañana. Se ha introducido á la fuerza; sus deseos, sus palabras me han sorprendido y me han asustado.

Enr. Asustado! pues qué queria?

Cris. Primero veros.

Enr. Y despues?

Cris. Hablar á la Reina.

Enr. Su nombre?

Cris. El mayor Palmer.

Enr. El mayor Palmer! Dónde está? Qué se ha hecho de él?

Cris. Le he hecho conducir á la casa de locos.

Enr. A la casa de locos?

Cris. Acaso será mas peligroso de lo que yo he creido. Le enviaré á la Sajonia? En una hora se le puede embarcar, se le pondrán grillos y una mordaza.

Enr. (*pensativo.*) No! maldito obstáculo! Palmer en Stockolmo?

Cris. Está ahi el lago....

Enr. No! no!

Cris. Se le hace desaparecer para siempre? Qué hacemos?

Enr. Ponerlo en libertad al momento. Corred á la casa de locos á cumplir esta órden vos mismo, y no os separeis de su lado. Conducidle á mi casa, que pronto iré yo. Palmer en Stockolmo! Encerraos con él en un gabinete; que no hable con ninguna persona, y si una sola palabra de todo esto sale de vuestra boca, sabeis quién desaparecerá? Vos!

Cris. Ah!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon que comunica con los jardines de Rosendal por tres puertas vidrieras, detrás de las cuales se ven naranjos en sus cajas. En muchas filas de una estufa se ven macetas con flores. Las paredes pintadas al fresco tienen figuras simbólicas de las estaciones. El aspecto general de la habitacion revela un retiro consagrado al estudio y al cultivo de la botánica.

ESCENA PRIMERA.

Claus, Rodolfina, *el* Baron de Horn *y algunos de sus compañeros trayendo flores.* Claus *está ocupado escribiendo en un registro las flores elejidas.*

Rod. Puesto que la Reina ha puesto las flores del jardin de Rosendal á la disposicion del Baron de Rosendal y de sus amigos, yo no debo mas que obedecer las órdenes de S. M. Claus, las apuntais en el libro de salida?

Cla. Si señora. (*el Baron y sus amigos saludan y se van.*)

ESCENA II.

Claus *y* Rodolfina.

Rod. Por fin se han marchado! Hablemos de mi hijo. Anoche no ha dormido aqui.

Cla. Lo ignoraba, señora.

Rod. Escuchame: alarmada por la tristeza que se aumenta en él de dia en dia, he subido ayer al pabellon que habita desde que salió de su enfermedad; iba á rogarle que aclarase mis sospechas.... Me oyes?

Cla. Si señora.

Rod. Wilfrido habia salido.

Cla. Si señora, habiamos salido.

Rod. Y sabes lo que encontré en su mesa?

Cla. No señora.

Rod. Una redoma de opio, de veneno! Mi hijo quiere morir.

Cla. La tiraré.

Rod. Ya la hice yo añicos.

Cla. Mejor es.

Rod. Si, Claus, mi desgraciado hijo tiene una idea fija, el suicidio.... tan jóven.... tan querido!.... Quién le ha inspirado ese hastio de la vida y la resolucion de quitársela? Lo sabes tú?

Cla. No señora.

Rod. Pero Wilfrido está siempre contigo.

Cla. Yo soy el que está siempre con él.

Rod. Será jugador?

Cla. No señora.

Rod. Pues á dónde te lleva cuando salis?

Cla. A los jardines públicos, á los parques de los palacios reales, á Grimstadt. Le sigo hasta que se cansa, pero á veces me despide bruscamente.

Rod. Y tú nunca has vuelto para saber dónde iba sin ti?

Cla. Nunca.

Rod. Claus?

Cla. Señora?

Rod. Es necesario espiar á mi hijo. Hay una causa de sus pesares, y la descubriremos si me ayudas. Lo espero de ti.

Cla. Bien, señora.

Rod. Aun no viene.... Claus, tengo una sospecha; mi hijo está enamorado.... Es ese su mal?

Cla. Si señora.

Rod. (*ap.*) Qué hombre, nunca dice mas que lo que se le hace decir! Ahora ya esperaré á Wilfrido con menos impaciencia. (*se va.*)

CLA. Y si la señora hubiese añadido: «Claus, co»noces á la mujer que ama mi hijo?» le hubiera dicho: «Si señora.» Puesto que no me lo ha preguntado será que aparentemente no lo quiere saber. Siento pasos, quién será? El Príncipe Herman! Qué pronto viene hoy! retirémonos. (*Claus entra por la derecha.*)

ESCENA III.

HERMAN *entrando furioso.*

Nadie! Nadie! Estaba seguro! (*tira del cordon de una campanilla situado al lado derecho por dónde ha entrado; llama muy fuerte, dos criados aparecen.*) Mi bata y un pastel al momento. (*los criados saludan y salen. Herman sacude el cordon de la campanilla de la segunda puerta de la izquierda del espectador, aparecen otros dos criados.*) Una copa de chipre y acercadme ese sillon. (*Herman corre atravesando el teatro á la puerta de la derecha del espectador, vá á llamar, pero la puerta se abre antes de sonar la campanilla.*)

ESCENA IV.

HERMAN, RODOLFINA.

ROD. Qué es este ruido? (*en el mismo instante vé á todos los criados llamados por Herman en el ejercicio de sus funciones. El ayuda de cámara le trae la bata, otro le trae un pastel, el tercero una copa de vino en una bandeja mientras que el cuarto le lleva el sillon.*) Pero, qué significa esto?

HER. (*á los criados.*) Es bien hecho, muy bien hecho, haberme servido con tanto celo y prontitud. Os despido á todos.

ROD. (*bajo á Herman.*) Herman, me alarmais sobre el estado de vuestro juicio.

HER. No ha sido mas que una broma. (*alto á los criados.*) Sois unos servidores leales de los que jamás me separaré. Haré que os den una gratificacion; en tanto podeis retiraros. (*los criados se van.*)

ROD. Pero qué quiere decir...?

HER. Para tranquilizar mi razon, necesitaba yo hacer esta prueba de mi voluntad sobre la de otros, de mandar para saber si seria obedecido, y de deshacer lo que acababa de hacer; esta es la mejor prueba de estar en su cabal juicio que pueden dar los hombres.

ROD. Venis de la córte?

HER. Si, mi papel de Rey ha terminado por hoy.

ROD. Apenas habreis tenido tiempo para salir del Senado!

HER. Salgo de mi prision. Acaso hay Senado para mi? Sabes tú lo que es el marido de la Reina?

ROD. No será un hombre feliz si se ha de juzgar por vos.

HER. Pero esto no puede durar. Espero al Conde de Norberg.

ROD. Pero aquí estais en plena libertad y se os obedece en todo. Qué feliz erais olvidado y tranquilo en vuestro principado!

HER. Si, yo era feliz rodeado de la caza, de la pesca y de las flores. Levantándome con el sol, acostándome poco despues que él, y á tu lado, Rodolfina, amiga íntima, mujer por el título, y madre con todas las debilidades de una ternura estremada por su hijo.

ROD. (*ap.*) Oh! sabe algo de Wilfrido. (*alto.*) Tal vez hubiérais hecho mejor en decir á los Estados del norte que estábais casado de secreto, pero legítimamente, conmigo.

HER. Olvidas que los Estados de Alemania cuando indican, mandan? Ademas, que nada hubiera importado nuestro matrimonio; la mayor parte de los Príncipes alemanes han contraido estos enlaces llamados morganáticos, escelentes á los ojos de la Religion que los consagra, buenos á los de la ley cuando hay interés en revelarlos.

ROD. Y nulo, y sin valor...! casamientos de comedia, cuando un interés mayor manda ocultarlos para contraer otra mas alta alianza. Los hijos morganáticos son los que sufren! No se ocupan de ellos sus padres, no pueden hablar de ellos. (*ap.*) Afrontemos el peligro y veamos si se trata de Wilfrido.

HER. Que no se ocupan los padres de ellos? A veces por fuerza.

ROD. (*ap.*) Sabrá que está en Stockolmo?

HER. Yo he hecho mas. Sufriendo la tiranía de un nuevo matrimonio, te he mandado venir aquí, y me he rodeado de todas las personas que en mi principado me ayudaban á cultivar mis flores. Tú eres, Rodolfina, mi mas precioso recuerdo de la patria, tú eres mi patria misma. (*la coje la mano.*)

ROD. Pero vuestro hijo....

HER. No está lejos de nosotros; Upsalt y Stockolmo están cerca.

ROD. Para mi siempre es lejos.

HER. Una madre cree que siempre está lejos de su boca su hijo, aunque lo tenga sobre sus rodillas. Wilfrido está aquí.

ROD. (*ap.*) Lo sabia. (*alto.*) Quién os lo ha dicho?

HER. Aquí, á pesar de mi prohibicion! pero es necesario que parta al momento; hoy mismo ha de salir de Stolckolmo, de Suecia.

ROD. Tan pronto, Herman? Enfermo como está será matarlo.

HER. Debo esperar á que descubra que su padre es el marido de la Reina de Suecia!...

ROD. No hay que temerlo, porque no os conoce: cree que su padre está navegando.

HER. Y para que nunca sepa mas, se embarcará esta noche para América.

ROD. Y yo partiré con él.

HER. Tú! Qué has dicho? dejarme? Y lo has pensado! Y qué seré yo solo en este mundo? Quién escuchará mis quejas? Quién me amará? Acaso me puedo yo pasar sin tí?

ROD. (*ap.*) Qué idea! Apelemos al corazon del padre. (*alto.*) Me estrechais mucho la mano!

HER. Porque te amo!

ROD. Entonces Wilfrido se quedará aquí ocho dias.

HER. Sea, en prueba de que te prefiero á todas las mujeres del mundo. (*vá á besarla la mano.*)

ROD. Cojer la mano es amistad. (*retirándola.*)

HER. Besarla es respeto. (*Rodolfina la retira.*) Hagamos un trato; yo os dejo nuestro hijo por tres meses.

ROD. Gracias. Continuad; me dejais un año vuestro hijo?

HER. He dicho tres meses.

ROD. No, un año.

HER. Concedido, pero... escucha mis condiciones.

Rod. Principe, ya os escucho.
Her. Principe!... La etiqueta me persigue en todas partes.... vengo huyendo de una Reina y encuentro otra.
Rod. Concluid. Wilfrido estará aqui dos años, y por recompensa exijis de mi....
Her. Háblame como á tu hermano, como á tu hijo, como á Claus, háblame de tú.
Rod. Pobre Herman!
Her. Que yo oiga en tu boca aquel lenguage que en otros tiempos me hacia tan feliz.
Rod. Conque consientes en que mi hijo no me abandone jamás?

ESCENA V.

Dichos, Claus.

Cla. Señor, una gran nueva.
Her. Cuál es?
Cla. El tulipan de Inglaterra....
Her. Acaba! se ha secado?
Claus. Se ha abierto. Es magnifico y soberbios sus colores.
Her. Corro á verle. Escucha, Norberg debe venir, toca esa campanilla cuando llegue.
Claus. Si señor.
Her. Siempre que mando que me manden estoy casi seguro de ser obedecido. (*se van por el fondo.*)
Rod. Mi victoria sobre Herman me impone el deber de velar por Vilfrido. Sus faltas justificarian los temores de su padre. Le veré, le hablaré... Siento pasos... Es él!

ESCENA VI.

Rodolfina, Vilfrido.

Vil. Madre mia!
Rod. Que triste estás, qué pálido!
Vil. Mi herida en el brazo...
Rod. No te ha sucedido nada durante tu ausencia?
Vil. Por qué me haceis esa pregunta? Estais asustada?
Rod. Ya sabes que las madres temen á veces sin razon; no te he sentido venir anoche.
Vil. Era un poco tarde; cuando llegué estaba abierto y por eso no llamé.
Rod. (*ap.*) Quiere engañarme. (*alto.*) Pero en lugar de esas correrias, por qué no te entregas al descanso? Con él y mis cuidados afectuosos te curarás muy pronto.
Vil. Tengo necesidad de distraerme, madre mia, para olvidar mis dolores.
Rod. Me engañas, Vilfrido; tu mayor herida no está en el brazo.
Vil. Si me mirais asi, no podré mentir.
Rod. Tú amas.
Vil. Lo habeis adivinado?
Rud. Tú me lo has dicho, tu silencio te ha descubierto. Soy feliz, pues sé tu secreto. Pero el nombre de mi rival? (*Vilfrido calla y suspira.*) Vilfrido, te callas? Y tienes un corazon demasiado noble, y veo en tu silencio la vergüenza de confesarme una pasion indigna de ti.
Vil. No, no. La que yo amo es sencilla y hermosa; no sé por qué, pero la amo.
Rod. Pero esa no es causa para entristecerse de ese modo. Espera, enamorado impaciente, que ella á su vez te amará á ti. Y dónde has encontrado esa muger adorada? Donde has visto esa divinidad sobre la tierra?
Vil. La he visto en la calle, un dia que levantaba la vista al cielo.
Rod. Que importancia das, querido Vilfrido, á la pasion que te ha inspirado una joven bonita, porque lleva un anillo de oro por cima de sus armas. No estés tan taciturno por una baronesa.
Vil. Una baronesa! No me habeis comprendido.
Rod. O una vizcondesa. Añadamos unas cuantas perlas á su diadema.
Vil. Si no fuera mas que una vizcondesa!
Rod. Dime en una palabra que amas á una duquesa y no me habieras hecho dudar buscando tanto.
Vil. Una duquesa!
Rod. Esa sonrisa me confunde. Quién es esa muger?
Vil. Un angel!
Rod. Eso me tranquiliza, y ahora comprendo como la vistes levantando los ojos al cielo. Pero... ella ha reparado en ti?
Vil. Cuando atraviesa la ciudad hay tantos hombres armados entre nosotros, que no la percibo nunca sino como una sombra! Por mas que corro tras ella cuando recorre á caballo nuestros parques, siempre llego tarde. Siempre delante de mi me la oculta una nube de polvo que levantan las ruedas doradas de su carroza; luego se va estinguiendo el ruido que hacen al rodar, y despues... nada!...
Rod. Me haces estremecer.
Vil. Si quiero esperarla para verla pasar, un sable me rechaza y una voz me grita: Atrás!
Rod Dios tenga piedad de vuestra madre! Amas á la Reina! (*ap.*) Me he perdido!
Vil. Si durante la noche me llego á su palacio para acortar la distancia que nos separa, el centinela alarmado me grita: Atrás!
Rod. Ah me lo matarán un dia.
Vil. Y sin embargo, una vez fui feliz; la muchedumbre la rodeaba; habia estallado una conspiracion contra ella, cuando yo me abri camino mas fuerte que los brazos del pueblo, que los dragones cuyos sables se estrellaban contra mi pecho, y llegué á donde estaba. Hablé á la muchedumbre, no sé lo que dige, pero se retiró y la dejó en libertad, en tanto que yo quedaba olvidado en medio de la calle. El carruage partió, y esta vez no oi gritar: Atrás! estaba bajo los pies de los caballos.
Rod. Vilfrido, tú no me amas! (*ap.*) Todo me lo confia sin saber que me mata hablando asi.
Vil. Yo! os amo mas que nunca. Vivir por vos, morir por ella!
Rod. (*ap.*) Morir! Quiere morir!.. Si, esa pasion, esos pensamientos de destruccion!.. (*alto.*) Pero no has pensado en que la Reina es casada?
Vil. Y qué me importa? Acaso si no hubiera estado casada hubiera por eso reparado mas en mi? Y si hubiera reparado se hubiera dignado dirigir una mirada favorable al hijo de un oscuro negociante de Dautrick.
Rod. Pero cual puede ser tu esperanza, infeliz?
Vil. Ninguna, madre mia, pero yo no soy dueño de esta pasion fatal

ROD. Ya ves que piensas en un imposible. Renuncia á él. Ah! todo es peligro, la muerte y el deshonor seguirán á tus ilusiones.

VIL. Peligro, deshonor, muerte, qué importa, la amo! la amo!

ROD. Pues bien, desdichado, sabe... Oigo pasos en esa galeria (*ap.*) Gracias, Dios mio, se lo iba á descubrir todo: Herman solo debe saber... (*alto.*) Vilfrido, deja de amar á la Reina, me va en ello la vida. (*se va precipitadamente*)

VIL. Que le va en ello la vida!... qué quiere decir?.. La habré asustado con la vehemencia de mi pasion, que peligro corro en amar á la Reina?

ESCENA VII.

VILFRIDO, PALMER.

PAL. Qué peligro! Yo os lo diré.

VIL. Qué veo? El hombre á quien esta mañana...

PAL. Habeis dado vuestra bolsa, y que os la viene a devolver.

VIL. Tan pronto! hace algunas horas que parecia estábais muy apurado... y este dinero...

PAL. Hubiera preferido ganarlo al juego, pero no me ha sido permitida la eleccion de los medios. Su origen por eso no es menos puro. Me lo ha dado el Conde Enrico, á quien no se lo volveré, le empeño mi palabra.

VIL. El primer Ministro!

PAL. El mismo; es mi mejor amigo; primero me hizo arrestar.

VIL. Y por qué razon?

PAL. Enrico tenia un... No me preguntes nada... Me ha pedido mil perdones; nos hemos ya apretado las manos, y en la suya habia veinte mil libras en billetes de banco, asi pues...

VIL. Veinte mil libras! Pero quién sois?

PAL. Esta noche lo sabré. Entre tanto soy vuestro amigo, y por eso quiero daros un aviso y un consejo. El aviso es formal, muy formal.

VIL. Y cuál es?

PAL. Que venzais, que domineis, que ahogueis vuestro amor á la Reina. El consejo es mas alegre que el aviso, este consejo es, que os creeis una pasion nueva, cómoda, fácil... Quereis comer conmigo hoy?

VIL. Comer con vos? por qué?

PAL. Por comer. No estaremos solos. Aun sabré encontrar en Stockolmo en alguna reunion respetable, alguna cantatriz italiana, una princesa portuguesa ó una bailarina francesa. Comeremos en las Cuatro-Naciones. Seguid este régimen durante dos meses, y estais curado.

VIL. No quiero curarme.

PAL. No sabeis lo que rehusais.

ESCENA VIII.

Dichos, DONALD.

DON. Te buscaba Vilfrido. Esta noche hay baile en palacio; uno de los que componen nuestro club debe ir á él. La Reina permite la entrada al que lleve una flor igual á la suya, que es una rosa Dorotea, llamada asi de uno de los nombres de la Reina. No habia en Stockolmo mas que dos, la que ha dejado nuestra soberana se ha comprado en cien piezas de oro....

VIL. Y quién tendrá esa rosa?

DON. El que la suerte favorezca. Nuestros nombres están en la urna; ven á sacar el tuyo.

VIL. Y el que la obtenga podrá decir á la Reina: Soy vuestro caballero?

DON. Sin duda.

VIL. Vamos, y si es justa la suerte, me protegerá.

PAL. Una palabra.

VIL. No me detengais.

PAL. Un solo instante. Puesto que no quereis usar el método de curacion que os he propuesto, voy á deciros otro. Supongamos que ganais la rosa Dorotea.

VIL. Pluguiera al cielo.

PAL. Que hableis á la Reina y que ella os contesta; que le decis vuestro amor y os sigue oyendo.

VIL. Será todo eso posible?

PAL. Todo es posible. Sabeis lo que os sucerá despues?

VIL. Jamás he pensado en ello

PAL. Os matarán.

VIL. Y quién?

PAL. Yo.

VIL. Y para eso me habeis detenido? Vamos, Donald; tenga yo la rosa, y despues tanto me dá morir de alegria ó de una puñalada.

PAL. (*alto.*) Que confiado y que inocente! Digno es de no morir nunca. Pero se lo he prometido.

ESCENA IX.

WILIAM, PALMER.

WIL. No os sorprende verme, mayor?

PAL. Teneis muy buena opinion de vos mismo, yo de nada me sorprendo.

WIL. Os he seguido; esperaba que estuvieseis solo; me reconoceis?

PAL. Si, os he visto esta mañana en el gabinete de Enrico, despues que al baron Cristiam...

WIL. Que os tomaba por un loco, por un conspirador... Yo no; porque no hay una sola persona que conozca mejor que yo las particularidades de vuestra vida.

PAL. Sino fuera una loca temeridad, seria esa pretension la mas ridicula impertinencia.

WIL. Tengo necesidad de inspiraros alguna confianza. Quereis pruebas de que la merezco? Sea. Os llamábais el mayor Palmer para vuestros compañeros de placeres allá en vuestra juventud. En la India usásteis el nombre de Karl, y algunas veces tomasteis el de Karleston. Ninguno de estos nombres es sin embargo el vuestro. No es esta la verdad?

PAL. (*ap.*) Estoy confuso. (*alto.*) Alguno me ha hecho traicion revelandoos lo que decis. En efecto, me inspirais ya demasiada confianza.

WIL. Robasteis y llevasteis con vos á Singaphore, hace ocho años, la muger de un principe marata.

PAL. (*ap.*) Me ha cogido (*alto.*) Era un principe destronado.

WIL. La tuvisteis con vos seis meses.

PAL. Pero luego la devolvi con todos sus titulos.

WIL. No es lo que os digo verdad?

PAL. Desnuda.

WIL. En vuestra travesia de Calcuta á Stockol-

mo, habeis sujetado vos solo á los conjurados que se revolucionaron en el equipage.

Pal. Estaba fastidiado á bordo, y sin saber qué hacer, pero como sabeis todo eso, cuando yo he llegado esta misma mañana?

Wil. Me parece que ya os he dicho algo de vuestro pasado; he aquí el presente. El Conde Enrico, despues de haberos hecho venir de la casa de locos y de haberos detenido en su gabinete lo mas que ha podido, os ha dejado salir en una aparente libertad.

Pal. Qué, no estoy libre?

Wil. Un espia os ha seguido.

Pal. Es verdad. Al venir aqui, un desconocido de mi misma edad, se me ha acercado familiarmente en la calle. Me ha hablado de los tiempos pasados, y hemos renovado nuestro conocimiento con el vaso en la mano... Ah! ya! era un espia.

Wil. Dónde está ahora? dónde le habeis dejado?

Pal. Sentado á la mesa de una taberna. Continuad.

Wil. Al despedirse de vos el Conde Enrico, os ha dado una cita para esta noche á las once en la orilla del lago, y en la cabaña de Drake el piloto.

Pal. Vamos, decid lo que resta; manifestadme el porvenir.

Wil. El Conde Enrico no irá á esa cita.

Pal. No irá! Entonces me encontraré yo solo?

Wil. No. Os esperarán cuatro hombres para desembarazar para siempre al Conde Enrico de vuestra presencia.

Pal. Un lazo!

Wil. Justamente, señor Mayor.

Pal. Que horrible aclaracion me habeis hecho! Yo dudo aun; no, no es posible, me engañais.

Wil. Os he engañado en lo que os he dicho de los tiempos pasados?

Pal. Me vais haciendo reflexionar .. la alegria de Enrico al verme... aquellos abrazos... aquellas lágrimas .. lloraba... él que me ha tenido catorce años en la India!

Wil. Y que ha hecho correr la noticia de vuestra muerte en Suecia, hace otro tanto tiempo.

Pal. Muerto hace catorce años! infame! invencion infernal. Darme primero por muerto reservándose el probármelo si reaparecia en Suecia! Si, todo me lo esplico ahora. Necesitaba él que yo muriera. Despues de lo que ha sucedido aqui, desde mi ausencia he debido parecerle, al presentarme á su vista, una fantasma, un espectro. Es necesario que yo vuelva al sepulcro, puesto que me hace pasar por muerto. Si, pero qué hacer? Es poderoso, y yo... un muerto... Voto vá, no lo soy aun, no quiero serlo... Hablad, qué quereis de mi?

Wil. Un hombre que vaya esta noche á su baile.

Pal. Yo soy ese hombre.

Wil. Una mirada que no se humille á ninguna otra.

Pal. Miradme.

Wil. Un brazo que doble el suyo.

Pal. Helo aqui.

Wil. Si aceptais...

Pal. Nada os pido. Le odiais tambien vos?

Wil. Porque amo á mi pais.

Pal. Ese es un pretesto como otro cualquiera. Sigamos. Pero antes... quién sois?

Wil. El secretario del Conde de Norberg, miembro del consejo de Ministros, del que es presidente el Conde Enrico.

Pal. Ah! ya comprendo. Entre compañeros! Le quiere derrocar. Entonces es una buena accion la que me proponeis; soy de los vuestros; decidme los medios. Unámonos y obremos. Bolsa comun, yo juego por los dos.

Wil. Lo primero tenemos la razon y la justicia de nuestra parte.

Pal. Eso nada vale.

Wil. Los trabajadores del puerto están descontentos.

Pal. Eso ya es algo.

Wil. Tendremos sobre todo... Pero oigo ruido venid y os lo confiaré todo.

Pal. Ruido ó no; un instante. A quién servis? Mostrad el juego.

Wil. A un hombre, al que antes ha ofendido el Conde Enrico.

Pal. Llegareis á ser ministro: ya os sigo.

Wil. (*ap.*) Por fin tenemos un gefe.

Pal. Ah! gran politico! Creias que los muertos no resucitaban? He aqui uno del todo vivo que aun ha de darte mucho que hacer!

ESCENA X.

Clara, *la* Condesa de Leuvenborg.

Con. (*ap.*) Aqui vive. (*alto.*) Soy del baile de la Reina. Es á vos á quien me debo dirigir para escoger la flor de mi prendido?

Cla. A mi, señora.

Con. Yo creí que era á la señora Rodolfina.

Cla. Mi señora me permite reemplazarla algunas veces en sus funciones. Deseais una francesilla pintada?

Con. Este palacio es encantador. Estoy segura de que Rodolfina con sus placeres inocentes y sencillos, es aqui muy feliz, sobre todo, si tiene algun amigo, algun pariente que la haga grata la soledad. No tiene un hijo?

Cla. Si señora, tiene un hijo. Conque voy á buscaros...

Con. Y su hijo, comparte los gustos de su madre?

Cla. El señor Vilfrido es demasiado vivo, demasiado petulante para tocar á nuestras flores.

Con. Y decis que Vilfrido, vuestro joven amo, es tan vivo, tan apasionado...

Cla. Oh! si, muy apasionado. Conque voy á traeros... Quereis un jacinto blanco?

Con. La carrera de las armas será de su gusto.

Cla. Es muy posible, señora, con que, .

Con. La marina real ofrece aun un brillante campo á su valor.

Cla. Ni al mar ni la tierra es á donde quiere ir el señor Vilfrido en este momento.

Con. Pues entonces á dónde?

Cla. Al baile de la Reina.

Con. Al baile de la Reina decis?

Cla. Si señora, pero para ser alli recibido fuera menester ser baron, Duque ó Principe.

Con. Y su deseo por ir al baile...

Cla. Es inmenso.

Con. Es ya tan tarde! El baile tiene lugar esta noche.

Cla. Como! Y si no fuera tan tarde podriais...

Con. No he dicho eso. Dadme, dadme pronto la flor que deciais.

CLA. Una anémona.
CON. Una anémona? sea. Dádmela.
CLA. Ah! tengo una flor mejor que una anémona. Un ramo de jazmin de Virginia produciria un efecto sorprendente sobre un prendido.
CON. Tanta calma! Vamos, id á buscarme una flor, cualquiera, la que elijais. Os lo mando.
CLA. Obedezco. (*se va.*)
CON. Tendré tiempo para hacer lo que medito? (*viendo su reloj.*) Dios mio! que tarde es. Ir al castillo, buscar á la persona que necesito ver, escribir ó mandar..... no viene..... Oh! Yo me marcho. . Si tardo diez minutos ya no será tiempo. (*mientras que la Condesa se va por una puerta viene Claus por la otra.*)
CLA. Ved, señora, este hermoso ramo de Amarilis... Calla, ya se ha ido... He aqui lo que son las mugeres! Ha andado dudando entre todas las flores de Rosendal, y se ha marchado sin llevar ninguna. Entonces, para qué ha venido?... Puede que la vea aun por esta ventana. (*mirando por ella.*) Pero no me engaño, no, es el Conde de Norberg el que viene hácia aqui. Y yo que habia olvidado ya el encargo del principe Herman! Llamémosle al momento. (*tira del cordon de la campanilla.*) Ya vienen los dos... retirémonos.

ESCENA XI.

HERMAN, NORBERG.

NOR. Suplico á V. M. me perdone el que le distraiga de sus placeres.
HER. Estaba ocupado en prodigar algunos cuidados á mis flores... estaba... las estaba regando: son mi única pasion.
NOR. Vuestra magestad ha reflexionado acerca de la entrevista que hemos tenido? Ha comprendido V. M. que todas las cosas podian cambiar tal vez muy pronto?
HER. Cómo!
NOR. No echa algo de menos V. M.?
HER. Ah!
NOR. Y no ha deducido de mis palabras que tal vez esta noche...
HER. Si, me habeis hecho abrir los ojos... Conque la Reina y el Conde Enrico están de acuerdo para lanzarme del trono!
NOR. Sin contar todas esas jóvenes que son el ejército que capitanean la Reina y el Conde Enrico.
HER. Y esas jóvenes son tan poderosas á pesar de su debilidad?
NOR. Esas damas tienen primos, hermanos ó amigos colocados ó por colocar.
HER. Pero es posible...
NOR. Puedo asegurar á V. M. que yo mismo he visto.
HER. Las pruebas.
NOR. La Condesa Banmer debe llevar esta noche al baile en sus armas un nardo en campo azul casi como el baron de Horn su adorador.
HER. Lo voy á saber en seguida. (*mira el registro que está sobre la mesa.*) Al lado de los nombres de los caballeros de la corte están anotadas las flores que cada uno ha llevado. (*leyendo.*) El baron de Horn ha hecho cortar un ramo de nardos.» Conde, no puede ser mas exacto. Y quién es el que llevará esta noche una flor igual á la de la Reina?
NOR. He sabido esta mañana que la única rosa que existia... (esta es la flor, señor, que ha elegido la Reina...) Se iba á sortear entre unos jóvenes que están enamorados...
HER. Y á quién le ha tocado?
NOR. A V. M.
HER. Si yo no he mediado...
NOR. Han mediado por V. M.
HER. Quién?
NOR. Cinco mil libras..... hemos comprado la suerte.
HER. Basta. Conque habeis ganado?
NOR. Al que ha ganado la rosa. Tendré el honor de remitirla á V. M. Y delante de Enrico, delante de toda la Suecia representada por su nobleza, la ofrecereis esta noche á la Reina y tendreis de este modo el honor de ser su caballero... Este irónico triunfo confundirá á vuestro enemigo el Conde Enrico... Con el talento se mata á las gentes de talento... Enrico morirá de vergüenza; el dardo quedará eternamente en su corazon. (*ap.*) Wiliam y su aventurero harán lo demas...
HER. Es un gran golpe de ingenio.
NOR. Pero aun no he dicho á V. M. el motivo que me conduce á estos lugares.
HER. Ya os escucho.
NOR. He descubierto los proyectos mas tenebrosos concebidos por esos jóvenes, que os he dicho son amantes de la Reina, protegidos por el Conde Enrico, y tengo en mi poder un billete escrito hace pocos instantes por uno y dirigido á otro de ellos.
HER. (*tomando la carta y abriéndola, ap.*) Siempre Vilfrido! (*alto y leyendo.*) «Querido Donald! Estoy desesperado... No he sido yo el venturoso que ha ganado la rosa Dorotea, tú has sido testigo de mi desgracia. No veré por lo tanto esta noche á la Reina en su baile. Mi gran proyecto queda destruido... (*ap.*) Qué proyecto es este? (*alto, continuando.*) Yo no te lo habia confiado, pero lo habias adivinado. Cuantas veces has estado de acuerdo conmigo en que habian obligado á la Reina á casarse con el principe Herman? Pues bien, esta noche, á fuer de noble caballero, me proponia yo vengarla. Pensaba hacer un ultrage imperdonable al principe en medio del baile. El principe lleva espada, yo tambien... las hubiéramos cruzado, y en el mismo instante yo hubiera perdido la vida á vista de la Reina, ó la hubiera devuelto la libertad.» (*ap.*) Gracias al cielo no ha firmado esta carta. (*concluyendo de leer.*) «Querido Donald, puesto que ha sido otro el favorecido por la suerte, comunicale mis proyectos, yo le cedo esta gloria.» Conde Norberg, iré á ese baile.
NOR. Tendré la honra de asistir al triunfo que espera á V. M. sobre las ruinas del Conde. (*ap.*) Enrico, para ti la Reina, para mi el Rey. (*alto.*) Al partir ofrezco de nuevo mis respetos á los pies de V. M. Ya es tiempo de que V. M. adquiera el puesto que le toca.
HER. Rodoltina! Rodollina!... Porqué la hablo yo de su hijo? (*ap.*)

ESCENA XII.

HERMAN, RODOLFINA.

ROD. Estais temblando, qué teneis?

Her. Lee: tu hijo...
Rod. Me espantais.
Her Lee repito. . tu hijo querla... Esta es la tercera vez que pretendo leer esa funesta escritura y mi vista se niega á ello. (*Rodolfina lee y despues rompe el papel.*) Eres su cómplice?
Rod. Soy su madre! Ya no hay prueba contra él.
Her Pero ese proyecto, esas amenazas.... esas intenciones de Vilfrido!
Rod. Con tal que no le volvais á ver, qué os importa? Desaparecerá, juzgad que no ha nacido, ó que ha muerto para vos.... El viene! De nada respondo si no os retirais. Venid! venid, ó nos perdemos los tres....
Her. Pero entre tanto....

ESCENA XIII.

Vilfrido.

Sin esperanza!... otro, un desconocido ha ganado la rosa Dorotea. Y podrá ver á la Reina frente á frente; será toda la noche el caballero de la Reina; y la sonrisa celestial, y las palabras y la existencia entera de la Reina durante toda la noche serán para él. Tiemblo de envidia y de desesperacion.

ESCENA XIV.

Dicho, Claus.

Cla. Han traido para vos, señor Vilfrido, este brazalete de parte de una jóven que acaba de salir de aquí.
Vil. Un brazalete! de una jóven!
Cla. Enseñadlo en palacio y entrareis al baile de la Reina.
Vil. No abuses del cariño que te tengo y quieras mofarte.
Cla. Tan cierto que os quiero como si fuerais mi hijo, es que ireis al baile de la Reina.
Vil. Dámelo, Claus, dámelo!
Cla. Viéndoos tan triste por no ir allá, le dije á una dama de la córte, que vino aquí á elejir flores, que le pagariais con un agradecimiento eterno al que os proporcionase la entrada en ese baile.
Vil. Y te dió ese brazalete?
Cla. Me lo ha enviado con un recado, diciendo que no teniais mas que enseñarlo, y se abririan delante de vos todas las puertas de palacio.
Vil. Oh! ahora que ya tengo entrada en palacio, daria toda la sangre de mis venas por poseer la rosa Dorotea, que hará al que la lleve caballero de la Reina. Pero por mi desdicha no hay mas que una y yo no la tengo.
Cla. Que no hay mas que una! Quién tal ha dicho? Dos hay magníficas en los jardines de Fralster donde yo mismo las he llevado.
Vil. De veras?
Cla. Vos mismo lo podeis ver; Fralster está á quince leguas de Stockolmo.
Vil. Son las diez, el baile es á media noche. Adios, Claus, en catorce horas se andan treinta leguas en un buen caballo, y sino se andan se muere. (*se vá.*)
Cla. En mi vida le he visto tan gozoso ni tan exaltado.

ESCENA XV.

Dicho, Rodolfina.

Rod. Y Vilfrido?
Cla. Estará ya lejos, señora.
Rod. Lejos! Dónde ha ido?
Cla. A Fralster en busca de una rosa Dorotea para ir al baile de la Reina.
Rod. A Fralster! Tú le has dicho que allí las habia?
Cla. Si señora.
Rod. Qué has hecho, Claus? Sabes para lo que vá á ese baile?
Cla. Para hablar á la Reina.
Rod. No, no; para matar al Rey.
Cla. Cielos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un magnífico salon. Al fondo dobles galerías que se suponen comunicar con las piezas en donde están los convidados. Un suntuoso cortinage cubre estas habitaciones al levantarse el telon.

ESCENA PRIMERA.

Enrico *solo con algunos papeles en la mano. Varios criados aguardan en el foro sus órdenes.*

Enr. (*á los criados.*) El Almirante Nordland. (*los criados se van para llamarlo.*) Conviene que el Almirante reciba sus instrucciones de mi propia boca. (*Nordland entra.*) Vaisá dar á la vela al momento y á quedaros á la capa. A la una de la noche conducirán á bordo de vuestra fragata un prisionero de Estado, á quien no permitireis comunicar con persona alguna. Sea ó no el tiempo propicio, salid al mar; y diez y ocho dias, despues de vuestra partida, abrireis estos pliegos, y ejecutareis al pie de la letra cuanto en ellos se contiene. Diga lo que diga, haga lo que haga ese hombre, cuya custodia se os confia, nada le habeis de preguntar ni responder, y á nada habeis de dar crédito sino á mis órdenes. (*Nordland saluda y se vá.*) A las dos, el buque, en el cual ha de ir Palmer, navegará hácia el polo austral, y esta vez no volverá por vida mia. Pero.... mucho tarda el baron Cristian. El logar de la cita no está lejos, sin embargo.... Me fatiga el deseo de concluir pronto este negocio, porque.... lo confieso, me aterran sus resultados. Y es esto solo por ventura lo que debo temer? Despues de Palmer, está Norberg, Norberg, cuya ambicion se levanta altanera á mis ojos; y despues de Norberg.... este sarao que vá á decidir de mi fortuna política, de mi vida entera; porque si mis contrarios triunfasen esta noche.... Ah! ya está aquí el Baron.

ESCENA II.

Enr. Y bien?
Cris. Todo está dispuesto, señor Conde. Los cuatro hombres aguardan el instante consabido. Una barca espera tambien amarrada á la orilla, y oculta á favor de la oscuridad. A media noche, y cuando el mayor Palmer se presente en la cabaña de Drak el piloto, caerá en manos de nuestros fieles servidores.
Enr. Con eso basta por ahora. Lo demas corre

por cuenta del Almirante. Hablemos de otra cosa. Y mi sarao? Habiéndose prevenido de repente que no tendria lugar en palacio, y si en mi casa, el famoso baile de trages tanto tiempo anunciado por S. M., cómo os habeis compuesto para arreglar de improviso cuanto era necesario?

CRIS. Mi celo ha vencido todas las dificultades.

ENR. Oh! No podeis concebir la agitacion que me domina. Creeis que podremos triunfar?

CRIS. Prudencia. (*mirando á Wilian que entra.*)

ENR. Vedme luego. (*case.*)

ESCENA III.

CRISTIAN, WILIAM.

WIL. Recibid mi enhorabuena, Baron Cristian, puesto que á vos se deben los magníficos adornos que ostentan las calles inmediatas y los vastos salones de este rico palacio.

CRIS. Perdonad, pero, yo no he hecho sino cumplir las órdenes del Conde. Ademas, no es estraño que hoy derrame el lujo y el esplendor que tanto os admira, puesto que ha tenido la alta honra de que el baile de S. M. se traslade á su casa.

WIL. Y no temeis que las damas y señores de la córte se retraigan al saber semejante mudanza...?

CRIS. Seria hacer un atroz desaire á la Reina.

WIL. Sin embargo, ya es tarde, y aun echo de menos mucha gente.

CRIS. Vendrá toda junta. No temais.

UN CRIADO. (*anunciando.*) Los señores Condes de Norberg, de Wal y de Odenburg.

CRIS. (*con alegria.*) Escuchais?

WIL. Si; los habia convidado el primer Ministro...

EL MISMO CRIADO. La sociedad del Baron de Horn.

WIL. Cómo habia de faltar? Vá á todas partes!

CRIS. Oid, oid un sinnúmero de carruajes que llegan.

WIL. O que se vuelven.

EL MISMO CRIADO. El Baron y la Baronesa de Brahé.

WIL. (*ap.*) Parece que la fortuna le es á Enrico favorable. No importa, el Conde Norberg vendrá tambien.... y bien acompañado

CRIS. (*con aire de triunfo.*) Qué decis?

WIL. Que me complazco sobremanera.... (*ap.*) Faltará el mayor Palmer á su promesa? La hora se acerca y no le veo por estos sitios!

ESCENA IV.

ENRICO, CRISTIAN, WILIAM.

ENR. (*saliendo.*) Que empiece el sarao.

Las cortinas se abren descubriendo los salones interiores ricamente adornados: se oye el eco de la música; varios criados cruzan por medio de los concurrentes que vienen disfrazados y con mascaras.)

CRIS. (*llamando á Enrico ap.*) Señor, el Principe Herman entra en este instante en los salones.

ENR. El Principe Herman? Qué viene á hacer aqui?

CRIS. Está disfrazado.

ENR. (*ap.*) Bien: asi le tendré seguro. (*alto.*) Que se respete el incógnito que desea guardar (*mirando un reloj.*) Las dos! Ah! La fragata del Almirante navega ya hácia otro emisferio, llevándose á Palmer y su secreto!

(En este instante sale Palmer vestido con un trage caprichoso, pero de buen gusto, y da un golpecito en la espalda á Enrico.)

ESCENA V.

Dichos y PALMER.

PAL. Aqui me tienes. (*la música cesa.*)

ENR. Palmer! tú aqui! en mi casa!

WIL. (*ap.*) El es.

ENR. No has acudido á la cita!

PAL. Ni tu tampoco. Pero estás disculpado; das un baile. .! Cómo abandonar tus galantes deberes? Lo adiviné y por eso he venido. Asi pues, dime lo que allí me hubieras dicho, y....

ENR. Silencio, Palmer, silencio. te diré cuanto quieras, pero cuando estemos solos. Por Dios, ten prudencia. (*ap.*) Y la Reina que vá á venir! (*á Cristian.*) Que las danzas empiecen de nuevo. (*dirigiéndose á los concurrentes.*) Señores, ya se organizan las tandas en los demas salones; las mesas de juego estan hácia aquel lado, el ambigú espera á los que gusten pasar á él. (*todos se van.*)

PAL. (*ap.*) Se ha puesto pálido. Ah! Su aspecto me revela la traicion de su alma! Y tener que guardar silencio, que sufrir toda la amargura y la vergüenza de mi desesperada posicion! (*viendo á Wiliam que se aleja.*) Allí está mi hombre. Dejémosle ahora: ya me avisará cuando llegue el momento. (*la música resuena de nuevo.*)

ESCENA VI.

PALMER, ENRICO.

ENR. (*corriendo las cortinas.*) Qué espantosa sorpresa!

PAL. Estás temblando!

ENR. Palmer....

PAL. Hay por ventura en esos salones alguna de las bellas cortesanas á quienes amábamos en otros años de locura y juventud? (*mas serio.*) Está en esos salones la que un dia se hizo dueña de todo nuestro albedrio? Habla, Enrico; quiero gozar como entonces en tu magnífico sarao.

ENR. Pues si es asi, terminemos en el acto nuestros asuntos, y podrás en seguida dedicarte al baile libremente.

PAL. Ya lo estoy haciendo.

ENR. Ahora no soy el Ministro, no; solo soy el amigo antiguo del mayor Palmer, que quiere tratar con él ...

PAL. Alguna nueva perfidia!

ENR. Qué dices?

PAL. Algun nuevo viaje á las indias.... Oh! este seria mas seguro para tí, porque ya no lo haria como antes jóven y confiado!

ENR. (*ap. con ira.*) Oh!

PAL. Pero es increible! Tú Ministro! Tú....

ENR. Por fuerza alguno lo ha de ser (*ap.*) Tiemblo á la idea de que la Reina vá á venir!

PAL. Tienes razon, pero te confieso que has burlado mis esperanzas. Yo crei que la vida disipada, que con nuestros compañeros llevábamos, acabaria por destruirte como á mí!. .

ENR. Eso es, hablemos de ti, querido Palmer. El ejemplo de nuestros antiguos amigos que han muerto ó desaparecido en quince años, te aconseja procurar tu reposo

PAL. Mi reposo! Es verdad. Pero mi corazon está tranquilo La ingratitud y la infamia que al cabo han aparecido á mis ojos, han secado las fuentes del sentimiento y de la generosidad. No quiero nada, no espero nada de nadie. Soy la víctima de la ambicion ó de la suerte, y.... únicamente una venganza ... estéril, lo sé, podria satisfacerme por mas que yo mismo sucumbiese al satisfacerla.

ENR. Pero.... Tú no comprendes la fuerza irresistible de los acontecimientos, tú no sabes ...

PAL. Solo sé que la Princesa Dorotea es Reina de Suecia, y que tu eres su primer Ministro.

ENR. Pues bien, qué deseas? habla. Ambicionas honores? Te nombro Gobernador de la Finlandia. Habla y partirás mañana mismo.

PAL. No.

ENR. Prefieres ser Comandante de Osterusud? Qué quieres? propon....

PAL. Nada. Si algo quisiera, no propondria cuando podria exijir.

ENR. Cómo! (*ap.*) Me estremezco!

PAL. Podria exijir... por ejemplo, el mas hermoso palacio de Stockolmo.

ENR. Tratarias por ventura de fijar tu permanencia en Suecia?

PAL. Sí, porque es fuerza que me tengas frente á frente.

ENR. Palmer!...

PAL. Que yo vea á la Reina, que le hable.... una sola vez, pero que le hable sin testigos.

ENR. Qué dices? Olvidas que puedo hacerte conducir nuevamente á la mansion de donde te han sacado esta mañana?

PAL. A un calabozo! Te desafio á que lo intentes.

ENR. Mas qué, me seria imposible?

PAL. Sí, porque tú mismo te hallas preso.... El prisionero en este instante eres tú, Enrico, y el hombre libre y poderoso soy yo. Tú carcel es este palacio magnífico; tus hierros el esplendor que te rodea, y los centinelas que te guardan son esos grandes señores y Príncipes, que oirian muy claramente mi voz si me obligáras á que la levantase para decirles lo que tanto te amedrenta.... No es verdad, Enrico, que tú eres el encarcelado y yo el hombre libre?

ENR. Serias capaz . .

PAL. Tranquilízate. Mi silencio me asegurará por ahora la superioridad que necesito tener sobre ti.

ENR. Para qué?

PAL. Para que cuando te derriben de ese poder que hoy disfrutas, pueda yo hablar, si fuese conveniente.

ENR. (*ap.*) Si estará tambien de acuerdo.... Baron Cristian? (*al Baron que divisa entre los concurrentes.*)

CRIS. Señor....

ENR. (*ap. á Cristian.*) Disponed que no le pierdan de vista. Y si intentase salir antes de concluido el sarao, que le detengan á toda costa.

CRIS. Descuidad.

PAL. (*ap.*) Ese Baron Wiliam.... Es preciso que yo le vea antes de todo. (*alto.*) Enrico, hasta luego.

ENR. Qué has decidido?

PAL. Despues te lo diré. (*vase.*)

ENR. (*siguiéndole con la vista.*) Cómo arrancarle de estos sitios sin promover un escándalo!

ESCENA VII.

La CONDESA DE LEUVENBOURG, ENRICO. *La* CONDESA *viene vestida de dominó blanco; dos señoras enmascaradas que la acompañan se mezclan entre la multitud; se acerca al* CONDE, *y quitandose la máscara le dice.*

CON. Soy yo, monseñor.

ENR. Condesa!

CON. Yo misma. No me esperábais, es verdad?

ENR. El honor que me dispensais es grande, pero la sorpresa lo es mucho mas. La Reina sola me habia prometido honrarme con asistir á mi baile en secreto.

CON. Accediendo á mis súplicas me ha permitido al fin que venga con este disfraz.. . que es igual al suyo.

ENR. S. M. ha venido con vos? Está aqui por ventura?

CON. Debe llegar muy en breve. Cuando yo salí de palacio la dejé poniéndose su máscara... (*al Conde que se dispone a irse.*) Cómo! Me dejais?

ENR. Por un solo instante. (*ap.*) Qué suplicio!

CON. Tan pronto! Eso es mal hecho, Conde. Quereis asi libraros de mis elojios y de los de mis compañeras por la magnificencia de vuestro sarao?

ENR. (*ap.*) Si se encontrasen entre la multitud.... (*alto.*) Quereis que os lo confiese? Cierto temor me preocupa, me inquieta. Sí, sentiria en el alma que S. M., que vos misma no halláseis esta noche en mi casa, lo escojido, lo digno de vuestros bailes de palacio.

CON. Tanto mejor. Qué trabajo os cuesta decirme que vuestra fiesta será mas alegre que la de la córte!

ENR. (*ap.*) Si supiera... (*alto.*) Pronto, poneos vuestra máscara, separémonos, Condesa. Os dejo en plena libertad para que os podais distraer un rato. (*ap.*) La Reina ha venido sin duda, pero en qué salon estará? Si no pudiese al momento encontrarla... Oh! á toda costa es preciso. (*vase despues de saludar á la Condesa.*)

CON. Adios. (*circulan los convidados de un lado á otro; muchos se acercan á las dos máscaras que entraron con la Condesa y demuestran una alegre conversacion.*) No le he visto todavia, y sin embargo está aqui. Oculto sin duda entre la multitud busca á la Reina con sus ojos.... Pobre Wilfrido! Por qué correrá asi en pos de la desesperacion y la amargura?... Y yo... yo misma, por qué he venido aqui? Qué vengo á hacer en este baile? Por qué le compadezco, cuando yo tambien sufro un tormento desconocido hasta ahora, y que no sé esplicarme?

ESCENA VIII.

La CONDESA, *y* VILFRIDO *que viene enmascarado y con una rosa en la mano; examina á las damas, y bajando á la escena se encuentra con la* CONDESA.

CON. (*mirándole.*) Será él?

VIL. (*ap.*) El baile de la Reina no se ha verificado. Ah! Todas mis esperanzas murieron! Y yo que creia ver tan cerca de mi en esta noche, que no volverá á presentárseme, en esta noche, de vida ó muerte lo que amo mas en el mundo, la Reina, lo que mas detesto, el Príncipe Herman!... (*reparando en la Condesa.*) Hace mucho, señora, que estais en este salon?

CON. Decidme antes, caballero, si es costumbre el responder á semejante pregunta cuando se está de máscara.

VIL. Puede tenerse suma bondad tambien bajo una máscara, y mi pregunta es un favor que os pido. Perdonad, pero tengo agolpada mi sangre al cerebro, y no distingo bien los objetos que me cercan, en tanto que vos respirais una tranquilidad que os envidio. Harto en fin os dicen mis palabras, y ya comprendereis que una fatalidad cruel hace sufrir á mi alma muy agudos dolores.

CON. Pues bien, caballero, sentiria en tal caso causaros disgusto alguno con mi silencio. Hace media hora que me paseo por estos sitios.

VIL. Invocad vuestra memoria, y decidme si habeis visto lucir en la cintura ó en los cabellos de alguna de esas señoras una flor igual á esta.

CON. (*ap.*) Es él! (*alto.*) No, caballero.

VIL. Otra esperanza engañadora! No ha venido!

CON. Parece que la ausencia de esa persona os aflije estremadamente!

VIL. Me asesina! A pesar de haber devorado treinta leguas en catorce horas por ir de Stockolmo á Fralster y volver de Fralster á Stockolmo, aun respiraba mi pecho; pero al saber que aguardo en vano en estos salones, siento que mis fuerzas van á abandonarme.

CON. Treinta leguas en catorce horas!

VIL. Por traer de Fralster esta rosa que fui á buscar allí.

CON. Pues bien, no desespereis, caballero. Quién sabe si mañana os compensarán semejante esfuerzo, y harán que perdoneis la ausencia?

VIL. Mañana lo mismo que hoy, lo mismo que ayer, ignorará ella que yo existo! Mañana los criados de esta casa desnudarán las paredes de los magníficos tapices que las adornan; harán desaparecer las flores que embellecen las galerías, y todo este brillo quedará envuelto en un breve y fugaz recuerdo, recuerdo que no causará á nadie mis quejas ni mis suspiros, señora.... Comprendeis lo que es amar sin esperanzas? Ah! quien quiera que seais.... no sé.... pero siento que al veros se ha calmado algun tanto el desórden de mis ideas, y se ha despertado mi confianza hácia vos. Si algun dia necesitais de un amigo, de una espada, disponed de mi. (*quitándose su máscara.*)

CON. Vilfrido, poneos vuestra máscara.

VIL. Cómo! Vos habeis pronunciado mi nombre!

CON. Qué, os admira?

VIL. Me conoceis!

CON. Sois.... el amante de la Reina.

VIL. Pero vos....

CON. El brazalete de la Condesa de Leuvenbourg os ha dado aquí entrada.

VIL. Pero vos, quién sois?

CON. El baile tiene tambien sus sortilegios.

VIL. Oh! Decidme al menos si la Reina está aquí!

CON. No. Y semejante imprudencia...

VIL. Qué me importa nada? Pero... Vendrá? responded.

CON. Es tan tarde que estoy por dudarlo!

VIL. Cielos!

CON. La amais mucho segun veo.

VIL. Si la amo'. Un dia, en medio de una conmocion popular, pasó casi sobre mi su carruage.

CON. (*dando un grito.*) Ah!

VIL. (*asiéndola del brazo.*) Quién sois?

CON. No soy la Reina, caballero.

VIL. Es que... al oir vuestro grito, el dolor de mi brazo ha respondido; el grito y el dolor se reconocen.

CON. Por ventura no se cuenta en Stockolmo vuestro heróico servicio?

VIL. El es el mas dulce recuerdo de mi vida!

CON. Decid mas bien el mas funesto. La sedicion era dueña de las calles, no habia paso posible... Entonces os subisteis sobre la rueda del carruage y hablásteis al populacho, este se retira, el coche arranca velozmente, caeis al suelo, corre vuestre sangre!

VIL. Y salvé á la Reina.

CON. Vilfrido... no era ella! (*despues de haber dicho estas palabras, la Condesa va á irse; pero es detenida por la Reina, siempre enmascarada, y que algunos minutos antes se habia colocado detrás de la Condesa y Vilfrido.*

VIL. No era la Reina! Oh! Dios mio! Por quién pues, he vertido mi sangre? Pero no, yo la conozco, la he visto, era ella, os lo juro, era ella! (*se vuelve y ve la rosa puesta en el dominó de la Reina.*) Oh! que veo! Esa flor en vuestras manos! (*á la Reina.*) Perdon, señora, perdon! (*cae de rodillas la Reina se descubre.*) Cómo! (*mirándola y levantándose.*) Vos... Vos, no sois la Reina! Vos quereis sin duda burlaros de mi dolor... Ah! Este debia ser el fin de mi delirio (*tirando su rosa y vase.*)

CON. Qué escucho! Pues á quién ama entonces? (*la Reina se pone la máscara.*)

ESCENA IX.

LA REINA, LA CONDESA, PALMER *de enmascarado como antes.*

PAL. (*recogiendo la flor.*) Cuando yo era joven solia padecer estos raptos, de los cuales siempre se aprovechaba algun diestro recien venido (*la Reina quiere irse.*)

CON (*ap. á la Reina.*) Un momento mas, yo os lo ruego.

PAL. Que aire tan seductor! (*mirándolas.*) Sin duda sois muy hermosas.

CON. Nos conoceis acaso? (*ap.*) Ya me olvidaba de que estamos disfrazadas!

PAL. Esa voz! Yo la he oido antes... pero... dónde? Ah! todo lo pasado me asalta á la memoria en este instante! Hablad otra vez señora, os lo suplico.

CON. Si asi os recreais en algun buen recuerdo... (*ap. á la Reina.*) Aceptemos las condiciones de un baile de máscaras.

REI. (*ap. á la Condesa.*) Reparad...

PAL. Confieso que si, señora, aunque no podria deciros cual es el que en este momento me agita. Ya se vé, los que hemos llevado una vida borrascosa; los que hemos existido para amar, para gozar de cuantos placeres contiene la existencia... Oh! el amor, el juego, los festines... todo pasó como una sombra fugaz... con todo, os juro que todavia...

REI. Partamos, amiga mia, partamos!

PAL. Calle! la misma voz, la misma figura bella y encantadora!

CON. (*á la Reina ap.*) No me desmintais. (*alto.*) Es mi hermana.

PAL. Bien decia yo! Cuanto os envidio!
CON. De veras?
PAL. Si! Aunque yo no he sido, á la verdad, una persona de edificante conducta en mi juventud, siento de vez en cuando, especialmente despues de los infortunios de mi vida, cierta debilidad... vais á reiros, por los placeres domésticos, por el amor de la familia. (*agarrando á las dos del brazo.*) Hablemos mas quedo, porque un sermon en un baile, es un intermedio muy ridículo. Si la vista de un festin, el choque de los vasos, los dichos atrevidos me exaltan, me entusiasman aun, hay sin embargo al mismo tiempo una parte de mi alma que permanece seca y fria en medio del incendio, como una masa de pólvora sobre la cual se ha vertido agua. Sin duda las lágrimas que no asomaron á mis ojos cayeron sobre ella. Eh! á qué despertar esas ideas teniendoos á la una y á la otra de mi brazo? No podré esplicároslo, pero me parece poseer dos corazones en este momento... Perdonad, nobles damas, y escuchadme. En mis horas de tristeza, daria... cambiaria todas las beldades de Venecia, de Paris y de Dublin, y la fortuna al juego del Conde de Magdeburg... Sabeis por qué? por un hijo que me dijera rodeándome el cuello con sus tiernos brazos... Padre mio, yo te amo!
REI. (*que ha demostrado ya alguna agitacion da un grito y se suelta bruscamente del brazo de Palmer.*) Ah!

ESCENA X.

Dichos, ENRICO.

ENR. (*saliendo.*) Qué veo!
REI. (*corriendo á su encuentro.*) Quién es este hombre, señor Conde?
ENR. Mas bajo, señora.
REI. (*siempre conmovida.*) Quién es este hombre?
ENR. Conteneos, os lo suplico.
REI. Conde, no ha muerto como vos me habiais dicho! Esto es espantoso! horrible!
ENR. Si, el mal es grande, pero aun podrá repararse.
REI. Dios mio! Dios mio!
ENR. Pensad en vos, en vuestro trono, en vuestro pueblo en fin.
REI. Seguidme...! y vos, Condesa. (*vanse los tres. El príncipe Herman aparece de máscara con su rosa en la mano. Palmer le espera con aire burlon.*)

ESCENA XI.

HERMAN, PALMER.

PAL. Se han marchado, oh! he de seguirlas. Enrico me dirá...
HER. Caballero... qué llevais pendiente de ese ojal?
PAL. La pregunta es estraña! No lo veis?
HER. Y sin duda esa rosa es alguna señal convenida... (*ap.*) (Será este uno de esos osados caballeros....) Vos no sabeis que aqui no puede haber esta noche dos rosas exactamente iguales?
PAL. Eso os iba yo á decir. (*ap.*) Que nueva intriga...
HER. La mia es la verdadera.
PAL. Pues os aseguro que esta nada tiene de falsa.
HER. Y sin embargo, las dos no pueden ser verdaderas!
PAL. Por qué no?
HER. Porque no existen mas que dos de esta especie en Stockolmo. La una es la de la Reina, la otra es la que yo llevo...
PAL. (*ap.*) La Reina! La Reina habrá venido aqui? Será esta la flor que... Quién sois, caballero?
HER. Os desalio á que lo descubrais. Y vos?
PAL. Yo os doy mil años de término para sospechar siquiera quien puedo ser. Y puesto que tanto sabemos el uno como el otro acerca de nuestras personas, decidme ya que alegais tantas razones, el privilegio á que me da derecho esta rosa.
HER. La Reina decidirá!
PAL. Asi lo quiero. (*ap.*) Ha venido! Pero vos conoceis á S. M.?
HER. Un poco, y vos?
PAL. Mucho. (*ap.*) (Oh! si pudiese verla!) Como la encontrariamos?
HER. Muy fácilmente, puesto que debe llevar en la mano ó prendida de sus cabellos una rosa igual á la mia.
PAL. O á la mia. (*Enrico ap. atravesando la escena.*)
ENR. Por fin poseo el medio de libertarme de él. Ah, Palmer, esta vez no escaparás de mis manos! El príncipe! (*se acerca á él.*)
HER. (*haciendo otro tanto.*) Aqui teneis quien sabrá deciros en dónde está la Reina. (*se acerca á Enrico y hablan los dos ap.*)
PAL. (*ap. y sin hacer caso.*) Ahora recuerdo... Si, yo he hablado con una dama que llevaba una rosa en la mano; con aquella que tanto se parece á su hermana que ha despertado en mi... (*Enrico se va.*)
HER. (*á Palmer.*) Muy pronto veremos á la Reina. (*bajando al lado de Palmer.*)
PAL. Será cierto?
HER. El Conde Enrico me ha asegurado que S. M. dirigia sus pasos hácia aqui! Caballero, aun teneis tiempo para renunciar á vuestro reto.
PAL. Antes renunciaria á la vida... aunque por otra parte, es cosa de que apenas me ocupo.
HER. (*ap.*) Me alarma su terquedad! (*alto.*) Ya no es tiempo tampoco de evitarlo. He aqui la Reina.

ESCENA XII.

PALMER, LA CONDESA *enmascarada y con una rosa en la mano*, HERMAN.

PAL. (*ap.*) Si, es ella! No me cabe duda ese talle, ese aire... Cómo no la he reconocido antes?
HER. (*presentando su rosa á la Condesa.*) Señora, dignaos decir quién de los dos, (*señalando á Palmer y á el.*) ha adquirido legitimamente el derecho de figurar en vuestra cuadrilla, como vuestro caballero de honor. Este es mi título. (*presentándola la rosa.*)
PAL. (*haciendo otro tanto.*) Y este el mio.
CON. Pero las dos son iguales y la menor preferencia seria una injusticia.
HER. A vos os toca establecer la razon de esa preferencia.

PAL. Eso es lo que yo pido.
HER. Llegó el momento de confundirle. (*le habla al oido á la Condesa.*) Yo soy...
CON. (*riendo.*) Bromas de máscara!
HER. Cómo?
CON. No me ofenderé por ellas. Al contrario, y para que os convenzais, ved como yo tambien os he burlado. (*quitándose la careta.*)
HER. La Condesa de Leuvenburg! (*ap.*) Respiro.
PAL. No era la Reina!
CON. Ya lo veis (*ap.*) (Creo haber hecho cuanto me encargaron.)
VIL. (*entrando.*) Inútiles pesquisas! ni la Reina ni el príncipe Herman han venido! Ah! ni el amor ni la venganza me protegen!
CON. (*á Vilfrido.*) Vuestra mano, caballero, la cuadrilla real nos espera!
VIL. Cielos! La Reina! . Señora...
CON. (*ap.*) Ah! Yo soy á quien ama! (*vanse.*)
PAL. (*viendo á Vilfrido.*) Vilfrido aqui? Y con esa jóven!
WIL. (*se acerca á Palmer y le dice en voz baja.*) Llegó la hora.
PAL. (*id. Wiliam.*) Estoy pronto.
ENR. (*saliendo, ap.*) Si cayera en el lazo. (*alto.*) Palmer, ha poco me pediste habitar un magnífico palacio en Stockolmo.
PAL. Eh? Con efecto.
ENR. Despues exijiste el hablar á la Reina!
PAL. Si, pero ahora quiero mas.
ENR. Mas?
PAL. Y lo tendré.
ENR. Qué ruido es ese? (*se oye un gran tumulto en los salones.*)
PAL. Vas á saberlo.

ESCENA XIII.

EL VIZCONDE PLATEN, EL BARON BRAHE, EL CONDE NORBERG, EL CONDE GEDDAB, EL BARON RAAB, *entran en desórden seguidos de convidados.*

NOR. Conde! Conde Enrico.
ENR. Heme aqui, señores.
NOR. Stockolmo está en insurreccion! Mientras se baila en este palacio se combate en las calles!
ENR. (*á los convidados.*) Tranquilizaos, señores, eso no es nada.
NOR. El ruido de vuestra fiesta os impide sin duda oir los rumores de la sedicion. Os repito que la ciudad está sublevada en esta noche de placeres para vos y los vuestros.
PAL. Y para todo el mundo, Baron. Solo que los demas nos divertimos á nuestro modo.
ENR. Tu con mis enemigos!
PAL. (*bajo á Enrico.*) Su gefe!
ENR. (*alto.*) Tú!
PAL. (*id.*) Yo, á quien mataste falsamente en la India, y que por lo mismo no he querido morir en la cabaña del piloto.
ENR. (*ap.*) Lo sabe todo! (*alto.*) Luego esto es una lucha!
PAL. A muerte!
ENR. Yo la acepto.
(Durante este tiempo, la Reina, la Condesa y Vilfrido, todos enmascarados han llegado colocándose junto al Conde Enrico. Herman tambien enmascarado pasa al lado de Norberg.)
ENR. Pero, por qué ha cesado la música? Yo soy Ministro todavia.
NOR. Dad tregua á las palabras punzantes, Conde, en tanto que el puñal brilla en las calles. Por todas ellas se grita, abajo el Conde Enrico, abajo la Condesa de Leuvenburg y... es preciso decirlo todo? Gritan tambien, abajo la Reina, añadiendo que es fuerza revestir al Conde Herman de un poder absoluto.
VIL (*con ira.*) El príncipe Herman sobre el trono? Jamás.
ENR. Y arrojar de él á la Reina porque yo soy su primer Ministro! se han engañado torpemente, Conde Norverg, sé mas que vos aun acerca de ese complot infame. La iluminacion del palacio real debia ser la señal del motin... yo he preferido darla en mi casa, y este es el secreto de mi sarao. Dicen que duermo en los placeres, que me encanto á los ecos de las músicas. Pronto se desengañarán. (*á los criados*) Abrid esa ventana. (*los criados abren una de la izquierda.*)
ENR. (*señalándoles una antorcha encendida.*) Asomad esa luz. (*le obedecen los criados y al momento se oye un disparo de cañon. Movimiento general.*)
CON. Dios mio! (*la Reina la hace señas de que calle.*)
ENR. El Almirante responde á mi señal! Si, es el cañon que resuena y cuya voz imponente se repite en todo el litoral. Ni un centinela duerme, ni una sola bateria deja en la inaccion sus cañones!... Asi es como yo bailo, señores. (*se oyen gritos bajo las ventanas del lado en donde está Palmer.*)
WIL. (*ap. á Palmer.*) Ois? dad la señal.
PAL. (*abriendo la ventana.*) Conde Enrico, yo tampoco estaba desprevenido. Mira, mira por todos lados.. son tus enemigos que antes de una hora se habrán hecho dueños de la ciudad y te habrán derrotado sin compasion ni trégua.
ENR. (*bajo á Palmer.*) Qué has hecho, infeliz?
PAL. Huye. Quiero salvar tu vida. Con la menor señal, con solo agitar este sombrero sacrificarán un hombre que eres tú, y ensalzarán á otro, al príncipe Herman.
ENR. Insensato...! Le conoces? Sabes quién es?
PAL. Poco me importa.
ENR. Es el esposo de la Reina! (*señalando á Herman*)
PAL. Cielos!
WIL. (*ap. á Palmer.*) La señal! la señal! (*Palmer corre y cierra la ventana, diciendo á Wilian en voz baja al pasar.*)
PAL. Antes soy yo que nadie.
WIL. (*ap.*) Nos ha hecho traicion!
PAL. (*dirigiéndose á Herman.*) Príncipe Herman, esposo de la Reina de Suecia, sabed... (*Enrico y sus criados á una señal suya se precipitan sobre Palmer, le tapan la boca con un pañuelo y se lo llevan desapareciendo entre la multitud.*)
REI. Conde!
VIL. Este es el príncipe Herman? (*arrancándole la máscara.*) Yo os desafio. (*movimiento general.*)
HER. (*llevándose la mano á su espada.*) Dejadle, yo sabré defenderme; yo sabré vengarme de este insulto, digan lo que quieran los estatutos de Carlos XII.
REI. (*quitándose la máscara.*) No, príncipe, yo, la

Reina, quiero que se os haga pronta y severa justicia. (*prenden á Vilfrido.*)

Con. (*quitándose tambien su máscara, á Vilfrido.*) Os habeis perdido!

Vil. Si, si, porque vos no sois la Reina, y... solo á vos os amaba! (*reconociéndola con asombro y dolor.*)

ACTO CUARTO.

Salon en el palacio de la Reina.

ESCENA PRIMERA.

ENRICO, *el* BARON CRISTIAM.

Enr. Has cumplido mis órdenes?

Cris. En todas sus partes, señor.

Enr. Y el motin?

Cris. Está apaciguado enteramente.

Enr. Y los presos?

Cris. Solo uno de consideracion tenemos.

Enr. Cuál?

Cris. Vilfrido.

Enr. Y Palmer?

Cris. El mayor Palmer fué libertado por el populacho, de las manos de vuestros criados, apenas salió del palacio y momentos despues desapareció. Es muy probable que temiendo las persecuciones de que pudiera ser blanco, haya abandonado la ciudad. Mis emisarios no han podido dar con él.

Enr. Y qué se ha sabido de ese otro atrevido jóven?

Cris. La causa de haber insultado al príncipe Herman fué por estar enamorado de la Reina.

Enr. Hay un no sé qué de misterioso en todo esto que me hace no preveer el desenlace.

Cris. Para ese jóven todo terminará hoy: el príncipe ha firmado la demanda de acusacion; y á pesar de las vivas instancias de la Condesa de Louvenbourg, el tribunal lo ha sentenciado.

Enr. Y cuál puede ser la causa del empeño manifestado por la Condesa para salvar á ese jóven?

Cris. Lo ignoro absolutamente.

Enr. Es preciso castigar esos desmanes que darian lugar á funestos sucesos en adelante. Cristian, apresura la ejecucion de ese miserable, en tanto que yo asisto al lado de la Reina para evitar una sorpresa.

Cris. Está bien, señor.

ESCENA II.

Dichos, LA CONDESA.

Con. Una palabra, Conde Enrico...

Enr. Señora Condesa, estoy siempre á vuestras órdenes, pero en este momento...

Con. Decidme, por piedad, en qué estado se halla el proceso de Vilfrido?

Enr. Acaba de darme noticias de él el baron Cristiam que teneis presente.

Con. Y cuáles son, decidme... (*Cristiam calla*) Enmudeceis? ah! sacadme de mi ansiedad.

Enr. Contestad á esta señora.

Cris. Siento tener que daros una mala nueva, pues veo que os interesais por estremo en la suerte de ese jóven...

Con. Acabad!

Cris. Ha sido sentenciado.

Con. Sentenciado.!!

Enr. A muerte.

Con. A muerte? Es imposible, eso es injusto!

Enr. El príncipe Herman ha sido su acusador.

Con. Pero los jueces...

Enr. Han cumplido con su deber.

Con. Yo veré á la Reina, yo la pediré su perdon.

Enr. Es imposible; la Reina está en el consejo y no podreis verla en mucho tiempo. Dispensadme, bella Condesa; tal vez me estén echando ya de menos al lado de S. M.; siento dejaros entregada á vuestro dolor.

ESCENA III.

LA CONDESA, *luego* RODOLFINA.

Con. No haber medio de librarle cuando por mi, solo por mi, ha desafiado á la muerte!.. Si! Porque á quien amaba era á mi, y no á la Reina..! Por mi ha desafiado constante y heróicamente el furor de los soldados y las burlas de los cortesanos! Oh! le debo toda mi sangre; solo con mi vida puedo pagarle tanta abnegacion, tan acendrado amor... (*viendo á Rodolfina.*) Cielos! Su madre! Esto solo faltaba!

Rod. Señora, perdonad si me he atrevido á llegar hasta aqui, pero la suerte de mi hijo... Hablad, sacadme de esta cruel incertidumbre!

Con. Tened valor, señora.

Rod. Valor! Pero mi hijo está preso, mi hijo...

Con. Fué él el que ultrajó en el baile al príncipe Herman.

Rod. Desventurado, no sabe toda la estension de su falta! Pero es necesario librarlo, señora.

Con. Todo lo he intentado por conseguirlo; he puesto en juego mi poder, todo mi poder, porque soy la Condesa de Leuvenbourg.

Rod. La Condesa de Leuvenbourg! conque sois de la corte; corred, rogad á la Reina que perdone á mi hijo!

Con. He visto á la Reina, y me lo ha negado.

Rod. Negado! . es porque habeis pedido el perdon con tibieza, débilmente.

Con. No he pedido... he suplicado!

Rod. Yo me hubiera echado á sus pies.

Con. Yo me he sentado sobre sus rodillas y he abrazado su cuello como una hija á su madre.

Rod. Y se ha negado?

Con. Abrazándome.

Rod. Pero el príncipe Herman no debe saber esto, lo hubiera impedido sin duda!!

Con. El príncipe es el que está mas irritado contra Vilfrido; el que dijo á la Reina que debia castigar egemplarmente al culpable.

Rod. Os equivocais, señora. No es posible que el príncipe Herman haya dicho eso! Es imposible que quiera que se trate con tal rigor á mi hijo; no ha podido pedir que se castigue á Vilfrido!

Con. El príncipe ignora el nombre del culpable. Yo sola lo conoci anoche.

Rod. (*ap.*) Todo lo comprendo ahora! No sabe quién es el que le ha hecho tal ultrage. (*alto.*) Y ha pedido el príncipe venganza!

CON. Ha firmado el acta de acusacion.
ROD. (*ap.*) Todo se ha perdido; ninguna esperanza me resta ya (*alto.*) Ah, señora! solo vos, podeis salvarle.
CON. Como he de poder yo salvarle cuando la misma Reina no puede?
ROD. No puede la Reina? Pues bien, busquemos el medio. Buscad vos... Pero qué digo, insensata! Como si vos pudierais comprender mi agonía, compartir mis dolores! Yo soy su madre, yo padezco con él; pero vos, perdonadme si lo he olvidado, nada sois para mi hijo. Os habeis interesado por él por pura piedad, porque teneis un corazon bueno y generoso! Pero para llorarle, para socorrerle, para morir por él, se necesita amarle, amarle mucho!!
CON. Ah! y por qué me veis aqui llorando y pronta á morir por él?
ROD. Como! entonces... vos le amais?
CON. Que si le amo? Podia no amarle cuando su sangre ha teñido por mi el suelo que he pisado? Que si le amo..!
ROD. Pues entonces... Ah, Dios mio, ya somos dos, ya lo podemos todo.
CON. Si él fuera feliz no hubiera sabido nadie el secreto de mi corazon; pero es desdichado y vos sois su madre; si, le amo, le amo.
ROD. Que hermosa sois!
CON. Ahora soy yo la que os digo, es preciso librarlo.
ROD. Hija mia!
CON. Es preciso comprar á los marineros.
ROD. Es necesario mucho oro y yo no lo tengo.
CON. No importa, yo tampoco, pero se puede buscar. Venderé todos los diamantes de mi madre, mi corona de Condesa, que dicen no tiene precio.
ROD. Pero para eso es necesario mucho tiempo y mi hijo va á morir!
CON. Es verdad! que hacer, Dios mio!
ROD. Compadézcase el Señor de nosotras!
CON. No hay mas medio de librarle que conseguir el perdon del príncipe; si teneis algun influjo con él...
ROD. Ah, si, lo intentaré, y si no lo consigo moriré á sus plantas.
CON. Callad. Aqui viene; os dejo á solas con él. Rogadle, suplicadle, y no olvideis que mi vida depende tambien de la suya, que yo tambien le amo!

ESCENA IV.

RODOLFINA, *despues* HERMAN.

ROD. Dios mio, tened piedad del corazon de una madre. Librad á mi hijo, ó llevadme á vuestra presencia antes de que suene su última hora.
HER. Cielos!! Tú aqui, Rodolfina! Que motivo...
ROD. Si, Príncipe. Yo que he venido á pediros el perdon del que ayer os ha ultrajado.
HER. Tu! Imposible! El infame perecerá segun las leyes previenen, y yo deseo su castigo.
ROD. Oh! No lodeseeis, príncipe. No anheleis una venganza de la que ya tal vez se ha encargado Dios, destrozando el corazon de una madre.
HER. Rodolfina, tú estás llorando, temblando!... qué significa esto? Acaso no es necesaria á mi seguridad personal un castigo egemplar?
ROD. Príncipe, en otros tiempos conquistásteis el sobrenombre de *bondadoso*, y nunca os maldijo ninguna madre. Erais bueno y ya no lo sois.
HER. Qué dices?
ROD. No, ya no lo sois. Probadme lo contrario perdonando.
HER. Piensa, Rodolfina, que no está en mi mano hacer que se detenga el curso de una causa que yo mismo he promovido, y cuya acusacion he firmado delante de toda la corte.
ROD. Vuestro poder no alcanza á mas, que á hacer daño!
HER. Que cruel eres! pero si tomas tanto interés por un estraño, qué harias por tu hijo?
ROD. Lo que en este momento hago por el vuestro.
HER. Cómo!
ROD. El culpable es vuestro hijo: el mio!
HER. Mi hijo? Es verdad! Oh! si, tú no me engañas; tu palidez lo afirma! Conque es mi hijo el que me ha ultrajado! El que ha cometido tal crimen! Fatalidad!
ROD. No; el crimen es vuestro. Desconocer á su hijo, herirle, temerle, ese es el crimen. El no sabia, no ha sabido nunca quién era su padre, y vos habeis olvidado que era vuestro hijo, el mio. Nada os he pedido, nada os he dicho; me tomásteis por vuestra esposa, me habeis dejado despues envilecida bajo los gradas de vuestro trono; á mi, á vuestra muger; y todo lo he sufrido. Por qué os he perdido? Por qué me he resignado con mi humillacion y mis celos? Por qué esperaba que dariais poco á poco á vuestro hijo, todo lo que me habiais quitado en un dia! Era un contrato de amor puesto entre vuestra nueva elevacion y mis antiguos derechos, y mi resignacion era el precio de la felicidad de mi hijo. Y lo habeis cumplido? No. Y sin embargo, yo he abandonado mi patria querida, me he hecho vuestra criada, vuestra esclava, solo por reunir para mi hijo las migajas caidas de vuestra grandeza. Hasta ahora me he podido callar, pero Dios que no separa nunca los hijos de los padres, ha puesto hoy al vuestro en el camino por donde habiais de pasar, y os ha humillado por la mano de nuestro hijo. Castigadle, castigadle para que vuestro triunfo sea completo. La justicia os espera al uno y al otro, á él la justicia de los hombres, á vos, la de Dios.
HER. Oh, por piedad, no me atormentes asi!
ROD. Seguid, seguid su cortejo fúnebre con paso sereno; ved caer su cabeza sin conmoveros, pero antes presentadme á la Reina, acusadme tambien para que ella haga rodar la cabeza de la madre como vos la del hijo; no os detengais, los dos moriremos juntos, puesto que es una nuestra vida, sin que vos derrameis una sola lágrima.
HER. Por piedad, Rodolfina! Yo libraré á mi hijo, á mi hijo querido; pero cómo?... Ah! veré á la Reina, la confesaré todo, y lo perdonará.

ESCENA V.

Dichos, CRISTIAM.

ROD. Ese hombre!...
CRIS. A dónde vais, príncipe?
HER. A ver á la Reina.
CRIS. Es imposible, está en el consejo.

Her. En el consejo?
Cris. Nadie puede entrar.
Rod Pero vos...
Her. Yo menos que nadie!
Rod. Y sois Rey?
Her. Qué hacer ahora?
Rod. No lo sé, pero ya está levantado el cadalso de mi hijo. Libradlo, libradlo por piedad!
Her. Si, buscaré á Enrico, le haré que me abra las puertas del consejo. Seguidme, baron.
Cris. Os obedezco.

ESCENA VI.

Rodolfina, Enrico.

Enr. A dónde corre el príncipe?
Rod. A buscaros para hablar á la Reina.
Enr. Imprudente!
Rod. Va á pedirle...
Enr. Lo sé todo. El culpable es vuestro hijo y del príncipe; para salvarle irá á publicar delante de todos que es su padre. No ha meditado las consecuencias?
Rod. Es que si el Príncipe callára, yo hablaria, yo, la madre de Vilfrido!
Enr. Pero yo impediré esa confesion que borrorizaria á la Suecia entera; la nacion se indignaria con razon si supiera que el Príncipe estaba casado con vos antes que con la Reina, y que teniais un hijo, al que habiais reconocido en el momento de subir al cadalso.
Rod. Qué me importa? Sépalo el universo y salve yo á mi hijo.
Enr. Pero el honor de la Reina....
Rod. Y el amor de su mujer nada ha de valer para el Príncipe?
Enr. Su mujer es la Reina, señora!
Rod. Su mujer soy yo.... yo, la madre de su hijo. Quién podrá salvarle?

ESCENA VII.

Dichos, Palmer.

Pal. Yo.
Enr. Palmer!
Rod. Vos?
Pal. (*escribiendo.*) Conceded el perdon y la libertad á Vilfrido. El mayor Palmer. Aqui teneis, señora, este es el perdon de vuestro hijo.
Rod. Quereis burlaros de ese modo de una madre que llora su hijo perdido?
Pal Os repito que este es su perdon, señora.
Rod. De vuestra mano? Esa prerogativa la tiene solo la Reina.
Pal. Enrico, llevad esa órden á que la Reina la firme.
Enr. Yo!
Pal. A no que prefirais que la lleve yo mismo.
Enr. Pero ...
Pal. Dentro de tres minutos estareis de vuelta, ó yo os iré á buscaros.
Enr. Y tener que obedecerle!
Rod. Antes, volved antes. (*Enrico se vá.*) Será posible que no me engañeis, caballero?
Pal. No señora.
Rod. Ah! dejadme que á vuestros pies....
Pal. Señora! Dejadme vos antes ver vuestras hermosas lágrimas y estaré de mas recompensado. Inúndese con ellas mi corazon, donde se han marchitado tantas flores sin dejar perfúme alguno, oh! que en ellas se bañe y se purifique. Llorad, madre! llorad! asi rie el cielo. Vamos, y tú, Palmer, consuélate; algo de bueno te queda; no has perecido en el naufragio.
Rod. Decidme quién sois, para que pueda rogar por vos todos los dias, á todas horas.
Pal. Yo soy.... soy un hombre como los demas.
Rod. No, eso no es verdad; la Reina no firmaria de ese modo el perdon de mi hijo.
Pal. Ya estaba ella dispuesta á perdonarle.
Rod. Habeis hablado con tanta seguridad....
Pal. He aqui la respuesta de la Reina.
Rod. (*á Enrico que sale con un papel*) Ah! dadme, dadme! Qué veo, tomad, esa es vuestra obra.
Pal. (*leyendo.*) Una abdicacion! (*ap.*)
Rod. La Reina no ha firmado el perdon de mi hijo. Vilfrido vá á morir!
Pal. Ola! La Reina abdica, esto ya es algo; algo puedo, algo valgo aun. El hombre que encerraron antes de ayer en una casa de locos, al que ayer amenazaban con deportarlo á la Sajonia, y que despreciaban en el baile, ha llegado en pocas horas á obligar á una Reina poderosa á descender del trono.
Rod. Pero quién me volverá á mi hijo?
Pal. La Reina no ha querido firmar el perdon, Enrico? (*ap. á Enrico*) No tiene corazon, como tú tampoco le tienes! Guerra á los dos ahora! (*á Rodolfina.*) Por qué acusan al Príncipe Herman? Porque estaba casado con vos antes que con la Reina? Pues bien, la misma Reina, la real Soberana estaba casada, si, casada antes de ser su mujer.
Enr. Silencio, Palmer!
Rod. Qué decis?
Pal. Que estaba casada, repito, y la prueba es que yo soy su marido.
Enr. Imprudente!
Rod. Vos su marido!
Enr. Palmer! Palmer!
Ugier. La Reina!
Pal. Ahora por fin nos veremos á solas. Salid, salid.
Rod. Pero....
Pal. Salid, y confiad aun.

ESCENA VIII.

Dichos, la Reina, *la* Condesa.

Pal. Señora, aqui está el hombre que posee secretos, que matan al que los conoce, y que desafia en este momento á la muerte que le acecha. El hombre que tiene en su mano este papel, que es el poder de una Reina, y en los labios una palabra, que es el honor de una mujer.
Rei. Cielos! Será posible! Enrico, dejadme á solas con ese hombre.
Rod. Señora, piedad, piedad para mi hijo!
Pal. Descuidad; todos nos salvaremos, ó nos perderemos todos.
Enr. Ese es el fin de vuestra tenacidad! Señora, salgamos, y respetemos la voluntad de nuestra soberana.

ESCENA IX.

La REINA, PALMER.

REI. Aun no estais contento con tener en vuestras manos mi abdicacion? Qué mas quereis si me veis descender del trono?

PAL. Señora, nada os he pedido para mi. No he invocado antiguos y sagrados recuerdos; no he hecho llegar mi voz hasta vos para deciros: Dorotea, tú eres mi esposa; dame la mano para llegar hasta tí, y sentarme bajo el dosel del trono de Suecia, porque yo solo debo ocuparle.... Nada de eso, señora; os pedia el perdon de un jóven á quien el amor ha arrastrado á una desesperada accion; os pedia el perdon del hijo de vuestro esposo.

REI. Imposible: acabais de decir la causa de su muerte. Ese hijo es mi deshonra! publica á todo el mundo como he sido engañada!

PAL. Quién ha padecido aqui el engaño? Vos ó Rodolfina, el Príncipe ó yo? A Rodolfina y á mi es á quienes se ha engañado. Hemos sido dos de esos séres, que para evitar los estravios de la juventud, se hacen enlazar sin temor de desgarrar mas tarde corazones en los que se enciende el fuego del amor. Ella, casada con la mano izquierda, morganáticamente como dicen. Yo, casado, perfectamente casado con la Princesa Dorotea. Escelente ventaja! ya lo veis, la mano derecha no ha valido mas que la mano izquierda! Se engaña de todos modos.

REI. Y acaso no lamento yo como la que mas esa union debida á la razon de estado?

PAL. Vana palabra, que no tiene mas significacion que la que le quiere dar quien se encarga de jugar con el pobre pueblo, de tiranizar á ese mismo estado á cuya razon se sacrifica la justicia. Palabra cruel, que elevándoos en brazos de un partido ambicioso, me ha sacrificado á mi, lanzándome primero en los desórdenes, y alejándome despues de mi esposa, que aunque de alto linaje, nunca creyó subir al trono, ni hubiera subido, á no ser por una série de circunstancias inesperadas. Oh! La Reina no podrá ser esposa mia! Era preciso enlazarla con un Príncipe, por mas que en ello se labrase la infelicidad de Palmer y de Dorotea!

REI. Palmer!

PAL. Señora, perdonais á Vilfrido?

REI. Es imposible.

PAL. Pues bien, si os negais á entregar á una madre su hijo, ved como negareis mi peticion; yo pido á mi mujer, á mi mujer, lo ois? Ya que sin quererlo ha permitido el destino que yo pueda detener á un reino entero en su carrera, como un conquistador, nada podrá hacerme callar!

REI. Palmer, por piedad!

PAL. No hay piedad, señora.... No, no, Palmer, insulta, véngate; entra en ese salon donde se eleva el trono de Suecia, sube sobre ese trono, siéntate en él, y pues no hay ya Reina, llama á los grandes y al pueblo todo, y diles el desterrado, el loco, el degradado, el aventurero Palmer es vuestro Rey. Saludadle, saludad al Mayor Palmer, que no ha muerto como algunos traidores han supuesto.

REI. Basta si ese es el punto á donde quiere parar vuestra ambicion, franco teneis el paso; escalad ese puesto, cuyo brillo tanto os deslumbra, y enseñoreaos de él; pero no espereis que la Reina de Suecia, la que ocupó el sólio, un solo instante se humille hasta vos; no espereis que os sirva mi persona de escalon para alcanzarlo.

PAL. Bien, olvidémonos de que tenemos corazon, y gocemos con el mal ageno. Olvidaré que hubo en otro tiempo una mujer hermosa que me amaba; olvidaré las horas en que solos, contemplados por la luna, estaba ella estasiada de amor repitiendo las frases mas acendradas del cariño, y yo á sus pies la contemplaba arrobado, oyéndola jurar que me amaria eternamente; olvidaré que aquella jóven hermosa y pura, (*la Reina se enternece y llora.*) vertia abundoso llanto cuando yo la decia que dejaria de amarme, llanto que yo recojia en mis lábios, y que abrasaba mi corazon; olvidaré lo que tantas veces he oido. Palmer....

REI. Soy tuya para siempre!

PAL. Ah! sí; esa era su voz, ese su acento! para siempre!.. para siempre perdida!

REI. No, Palmer, has vencido: lo que negaba la Reina ultrajada, lo concede la mujer enternecida. Manda, qué quieres? Para tí solo soy Dorotea, la mujer que ha dicho, Palmer, soy tuya para siempre.

PAL. Dorotea!.... Señora.... Sois la Reina.... usad la mas dulce prerogativa de la corona.... perdonad. (*la Reina se sienta y escribe.*)

REI. Toma: la Reina perdona y la esposa obedece; dueño eres de mi suerte y de mi corazon. Di lo que quieres que sea y eso será. (*rase.*)

ESCENA X.

PALMER, *un ugier*, *luego* RODOLFINA.

PAL. Lo ha perdonado! Gracias, Dios mio! El trono no habia aun corrompido su corazon. (*llama, el ugier se presenta.*) Llevad inmediatamente ese pliego á su destino. (*el ugier se va.*) Y yo, qué debo hacer? Cederé á este fuego que me devora, y que ha encendido de nuevo el recuerdo de mi juventud?...

ROD. Y mi hijo, señor.... Y la Reina?

ESCENA XI.

Dichos, VILFRIDO, *la* CONDESA *y* ENRICO.

PAL. Vedle ahi.

VIL. Madre! madre mia!

ROD. Hijo de mi alma!

PAL. Qué felices son!

ENR. Tú tambien, porque la Reina te entrega tu hija.

PAL. Enrico! Enrico! qué has dicho? Mi hija, yo tengo una hija...? Calla, calla, hay mentiras que matan.

ENR. (*señalando á la Condesa.*) Mírala.

PAL. Tú eres mi hija.... tú? Ahora creo en ti, Dios mio.

CON. Recibidme en vuestros brazos, padre mio.

ENR. No tenia yo razon en decirte que callaras, Palmer?

PAL. Dios santo, me tenias reservada tanta feli-

cidad; ya no me quejo de lo mucho que he sufrido, pues encuentro tan grande recompensa.

Enr. Y tus deseos de ser Rey?

Pal. (*señalando á la Condesa.*) Yo queria un trono, y helo aqui. Qué, no vale mi hija el mejor trono del mundo? Ven, hija mia, tú eres mi gloria y mi felicidad.

Con. Qué feliz soy!

Pal. Ven, ven, hija mia, no quieran arrancarte de mis brazos.

Un ugier. La Reina.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, la Reina, *y* Herman.

Rod. (*arrodillándose á los pies de la Reina.*) Señora, Dios os bendiga por la boca del hijo y de la madre, nos habeis perdonado á los dos la vida

Con. (*de rodillas al otro lado.*) Gracias, mi noble madre, por la primera vez que os doy este nombre.

Rei. No agradezcais mas que á Dios La Reina firma las gracias, pero es Dios el que las dicta.

Pal. (*cuya emocion ha ido creciendo despues de la entrada de la Reina, dice inclinándose y á media voz.*) Dios de, señora, á V. M. largos dias de reinado y oiga los votos que por V. M. hace al cielo el último de vuestros vasallos. Dios os haga venturosa. No abdicareis, señora! La madre de nuestra hija debe ser una Reina grande y respetada. Reinad y perdonad. (*rompe el acta de abdicacion, la Reina le levanta con afecto y dignidad.*)

Rei. La Reina y la madre os obedecen. Qué pedis ahora?

Pal. Desearia de V. M. un favor; último beneficio que endulzaria para mi la amargura de una separacion que me impone mi deber.

Rei. Hablad, está concedido. (*presenta unidos por las manos á Vilfrido y la Condesa.*) Qué sean mas felices que nosotros!

Pal. Señora, ya son felices nuestros hijos, ahora debemos ..

Rod. Partir para Alemania

Her. Hijo mio, ven á mis brazos, quizá por la última vez...

Vil. A Alemania con vos! (*á la Condesa.*)

Con. (*á Palmer.*) Y con vos, padre mio.

Rei. Principe, ellos se van felices, y á nosotros no nos quedan mas que recuerdos que tal vez tendremos que borrar de nuestra mente..... Ellos pueden amar, tienen corazon, á nosotros nos toca solo reinar, y ser siempre verdaderos amigos.

FIN.

Madrid, 1848.

Imprenta de D. Vicente de Lalana

Calle del duque de Alba, n. 13.